

ÁRREBOL INVERTIDO

2015 / No. 64 / mayo-junio

SOLO CON MI PATRIA A CUESTAS >

Árbol Invertido
Revista de Tierra Adentro

II Época / No. 64 / 2015 / mayo-junio
Ciego de Ávila, Cuba

Director y realizador: Francis Sánchez
Edición: Ileana Álvarez
Redacción: Rafael Vilches
Diseño y multimedia: Santiago Bermúdez
Programación: Martin Hula

Foto de cubierta: Asiel Babastro

Revista fundada el 15 de febrero de 2005
Proyecto independiente

Calle Martí, 352, e/ Estrada y Chicho Torres
Ciego de Ávila, Cuba, cp. 65200

arbolinvertido@gmail.com
www.arbolinvertido.blogspot.com

La libertad, es decir, el crimen.
HEGEL



Revistas culturales • Rafael Almanza / **5**
Regreso al vientre • Martha Núñez Prieto / **7**
Diplomacia de volanta y arcabuz • Luis Felipe Rojas Rosabal / **8**
Gramártika • Dolan Mor / **10**
Prístino sueño • Aimée G. Bolaño / **11**
El espejo de agua • Emilio Ballesteros / **13**

CÁMARA DE LAS BALANZAS

Catálogo de una isla dispersa • Víctor Manuel Domínguez / **15**
La poesía de Virgilio Piñera o “la imponderable amargura de un zapato” • Ileana Álvarez / **17**
José Kozer, un judío cubano en la diáspora • Rafael Vilches Proenza / **22**

PALMA NEGRA

Entrevista con el Girovagante • Giordan Rodríguez Milanés / **27**
Me supo a piedra • Otilio Carvajal / **30**

RAÍZ AL CIELO

Parábola para Elías Canetti • José Prats Sariol / **34**
Cuatro escritoras cubanas se van al paraíso • Carlos Esquivel / **39**
Ciudad de fondo • Francis Sánchez / **41**

JARDINES INVISIBLES

La poesía de Frank Castell / **45**
La poesía de José Kozer / **51**

RAMAS ADENTRO

Yoel Mesa Falcón, un poeta entre el esplendor y el caos • Claudio Lahaba / **64**

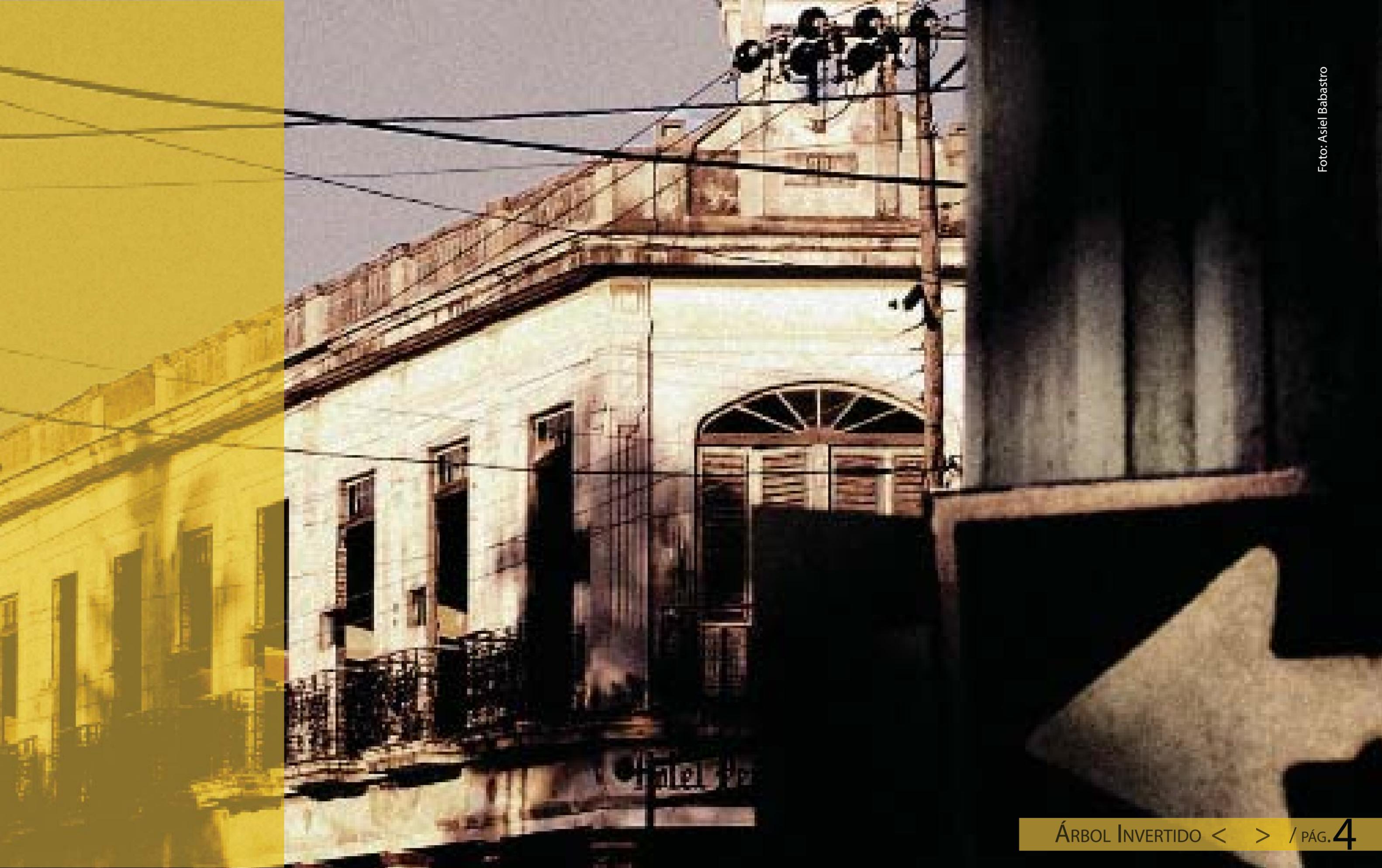


Foto: Asiel Babastro

REVISTAS CULTURALES

RAFAEL ALMANZA

(Camagüey, Cuba, 1957). Poeta, narrador, ensayista y crítico de arte. Licenciado en Economía por la Universidad de Camagüey. Gran Premio de ensayo "Vitrail 2004". Autor, entre otros títulos, de *Libro de Jóveno* (Ed. Homagno, Miami, 2003) y el monumental ensayo *Eliseo DiEgo: el juEgo de diEs?* (Letras Cubanas, 2008). Colaborador permanente de la revista digital *La Hora de Cuba*. Vive retirado en su casa, ajeno a instituciones oficiales, aunque admirado y querido por quienes lo aprecian como uno de los intelectuales cubanos más auténticos.

Una revista cultural tiene que ser un acto de cultura. Y el acto de cultura es siempre un acto personal o de grupo. Una institución estatal o de la sociedad civil crea una revista de cultura, y lo será si la entrega a una persona o un grupo afín. Lo común es que la institución crea que puede hacer un acto de cultura institucional, por encima de las personas, porque tiene alguna buena intención y dinero bastante; pero eso no existe. La cultura no se hace con institutos, porque los institutos son instituciones instituidas institucionalmente, es decir, impersonales, y la cultura no soporta la impersonalidad, porque se hace por personas para las personas, no para la gloria de los institutos, las abstracciones y las consignas. Si creen ustedes que estoy pensando solo en el Estado, hablemos de las Iglesias, cuyas revistas tienen que ser purísimas de doctrina y de intención y superiores a las personas, y desde luego inferiores en sinceridad, en creatividad y en utilidad. La Iglesia o sus administradores eliminaron a las personas de *Vitrail*, y ahora hay una revista con ese título que nadie lee. El acto de cultura es siempre *culto*, es decir, personal, o de personas concertadas libremente, pero además es *un acto*. Si la revista cultural no está actuando con cada uno de sus textos, está muerta. Las revistas institucionales están muertas porque lo que está vivo para los institutos es el instituto y nada más que los institutos: todo lo que no sea el instituto, por ejemplo la Iglesia Católica, está desechado o es sospechoso, y por ese orgulloso supuesto la gente eclesial se vuelve sepulcro blanqueado, y a veces incluso sin la lechada cobarde. Las revistas institucionales pueden llegar a publicar textos de valor, que son en sí actos de cultura, pero no por eso la revista se vuelve cultural. Son almacenes de textos publicados para complacer la incultura del instituto, que solo interesa a la vanidad o al despropósito de sus jefes. La revista cultural actúa desde las personas sobre las personas y con ellas. La personalidad de la revista es la personalidad de sus personas, a veces incluso de una sola persona, aunque esto desespere a los gregarios y a los envidiosos. La revista cultural cubana más famosa de todos los tiempos,



Orígenes,
era la revista de José
Lezama Lima, y *por eso* era
la revista del grupo. Cu-
ando José Rodríguez Feo
creyó que su dinero y sus
gestiones lo habían con-
vertido en creador, hizo el
ridículo y contribuyó al fin
de la revista. Pudo haber
sido el compinche eterno
de Lezama, y quién de no-
sotros no lo hubiera envi-
ado hoy. Eso sí, Lezama no
llegó a ese trono de gratis.
Lo sostenía su genio y su
obra, y la experiencia del
trabajo en grupo en tres re-
vistas anteriores. Ha llega-
do el momento en que la
juventud cubana comience
a crear revistas

culturales como actos de
cultura que contribuyan a
labrar un país con todos y
para el bien de todos, con
los actos cultos de cada
uno, de un grupo de unos,
y de uno solo, según de-
termine el Uno. Amén. ●

REGRESO AL VIENTRE

MARTHA NÚÑEZ PRIETO

(Ciego de Ávila, Cuba, 1953). Escritora, museóloga y promotora cultural. Ha publicado los poemarios *Desde cualquier portón deshabitado* (Ed. Fidelia, Ciego de Ávila, 1991), *Palabras de piedra* (Ed. Ávila, Ciego de Ávila, 2004) y *El temblor que platea las aguas* (Ed. Ávila 2008). Incluida en antologías como *Dieta balanceada y otros cuentos* (Ed. Ávila, 2011) y *Catedral sumergida* (Ed. Letras Cubanas, La Habana, 2013).

Traspaso los muros de mi casa
las vigas del techo resisten las mordidas
son encajes las telarañas que las cubren
sobre mí cae el polvo.
El amanecer besa mi envés
depongo el pasado
me inclino ante el sol.
Contemplo una vasija roja sobre los carbones
la mano de la abuela
cocina un caldo familiar
mientras se cuecen los pasteles.
Abuela duerme
sin el permiso de sus hijos
yo también espero el abrazo
tendida en la hamaca.
Abuelo llega
con una revista selección Reading Digest.
hace un ademán me sonrío
olvido a mis padres.
Vuelvo a crecer hasta las vigas
desde allí veo el paso del tiempo
puedo regresar al vientre
lograr ese abrazo.
Cada sueño tiene el poder de lo imposible.

DIPLOMACIA DE VOLANTA Y ARCABUZ

LUIS FELIPE ROJAS ROSABAL

(San Germán, Holguín, Cuba, 1971). Tiene publicados los poemarios *Secretos del Monje Louis* (Ed. Holguín, 2001), *Animal de alcantarilla* (Ed. Ácana, 2005), *Cantos del malvivir* (Ed. Loynaz, 2005), *Anverso de la bestia amada* (Ed. Abril, 2006) y *Para dar de comer al perro de pelea* (Ed. NeoClub, 2013). Trabajó como maestro de teatro en su pueblo de origen. Por su acción contestataria fue censurado y repudiado por las autoridades de su país, donde ejerció como periodista independiente. Reside en Estados Unidos, es autor del blog *Cruzar las alambradas* y trabaja para Martí Noticias.

Ayer trajeron al cerdito-express lo regalaba la chusma veneciana de estos tiempos y no quise agradecer. A mí no me sirve el alimento-express sin sentimiento. No podré condimentar la víscera-piltrafa del paisano en la vastedad y la extrañeza.

El cerdito-express sale de mis manos, de mis manos también los pedidos de la carne que nos cobran casi triple. Me he tornado un *killer* sorpresivo en la arribadera del express suministrado.

Ahí he visto a Faulkner junto al vagón de frutas, marcando la distancia, pero con ganas de decirme, "hey, you, dame un poco de tu robo". El alimento-express me hace un *killer* exitoso ente los míos.

Ahí advertí a John Kenneth, a Jardines, el palaciego cuidador de las marmitas oficiales. Vi al japonesito del pinar. Los he visto y me conmueve como un reo sin consuelo. Yo soy un salvador-express de los minutos nacionales.

Express.

Envío post-ultraje.

Alimento sin consuelo.

(Del libro *Máquina para borrar humanidades*, Ed. eORIGINAL, 2015)



Foto: Asiel Babastro
(manipulación)



GRAMÁRTIKA

DOLAN MOR

(Pinar del Río, Cuba, 1968). Poeta. Su obra se recoge en antologías publicadas en España, Rumanía, México y Estados Unidos. Autor de la tetralogía *Maladie bleue* (nombre francés de la enfermedad Tetralogía de Fallot o Mal azul). *Maladie bleue* es una colección de libros híbridos y experimentales que se inspira en la obra esencial de Lewis Carroll y en la Fuente Q de los Evangelios. Ha publicado, entre otros, los libros: *Dolan y yo* (Valencia, España, 2014), *Después de Spicer* (Valencia, 2013), *Poemas míos escritos por otros* (Valencia, 2012), *Desperdicios* (Bucarest, Rumanía, 2011), *La dispersión* (Madrid, 2010), *El idiota entre las hierbas* (Zaragoza, 2010), *La novia de Wittgenstein* (Premio Internacional Barcarola de Poesía, Murcia, 2010), *El libro bipolar* (Premio Santa Isabel de Portugal, Zaragoza, 2009), *Los poemas clonados de Anny Bould*. Premio Internacional de Poesía Miguel Labordeta, Zaragoza, 2008), *El plagio de Bosternag* (Madrid, 2004).

For example la palabra “azucena”, a simple vista parece una mujer con ese nombre árabe: Azucena, pero desde el punto de vista gramatical podría ser una parte de la oración o una muchacha que se desviste y al desvestirse se divide en dos: en el adjetivo “azul” y en el sustantivo “cena”. Incluso si metes con delicadeza de un médico en joyas el dedo en su carne, en cada uno de sus miembros (sus letras) y la divides, si hueles el perfume de su origen, la polisemia en su belleza te puede matar. Porque la palabra “azucena” es una mujer, pero también es un lirio, una planta de lis. Entonces descubres el horror de desnudar no a una mujer, sino a una flor. Sabes que la llaman “Botón de Oro” e imaginas que botones de oro adornan su blusa. ¿Pero cómo puede un hombre desnudar a una caléndula? Además, hay especies de esa flor que viven a la vez en América del Norte, en Europa y en Asia. ¿Y cómo se puede amar a una mujer que habita en tantos sitios a un mismo tiempo? Lo peor no es solo su desnudez, sino que existe un tipo de mujer con ese nombre, una flor que es “de turbante” y eso, como macho, te turba. Pero supón que ahora desnudas, pieza por pieza, la palabra “azucena” y su aroma femenino te moja el anhelo con un delicado aceite de primavera que se aloja en tu sangre. Supón que te enamoras de su carne en el mes de abril. Supón que la desnudas sobre la cama y que ella se vuelve blanca, naranja, púrpura, rosa, amarilla. Entonces enfermas de amor por una simple palabra. Su raíz (su morfema) te enloquece, se hunde en tus manos y en su fragilidad ella busca la sombra protectora, la seda varonil de tus dedos, el amor no tupido en la hoja. Escribes, pero sabes que ya nunca podrás escapar de su belleza. Ni siquiera escribiendo el poema.

PRÍSTINO SUEÑO (EN LAS MONTAÑAS DE HUÉTOR)

AIMÉE G. BOLAÑOS

(Cienfuegos, Cuba, 1943). Poeta y ensayista. Doctora en Ciencias Filosóficas (rama de Literatura Latinoamericana) por la Universidad de Rostock (Alemania) en 1982. Fue profesora de la Universidad Central de Las Villas “Marta Abreu”, por más de treinta años. Profesora de la Universidade Federal do Rio Grande, Brasil, y profesora adjunta de la University of Ottawa, Canadá. Ha escrito numerosos textos sobre poesía de autoría femenina y sobre la diáspora, como el libro *Poesía insular de signo infinito*. (España, 2008). *Poesía: El Libro de Maat* (Brasil, 2002), *Las Otras. Antología mínima del Silencio* (España, 2004), *Layla y Machnún, el amor verdadero*, (coautoría, España, 2006), *Las palabras viajeras* (España, 2010). Recientemente publicó *Escribas* (España, 2013). Su poesía ha sido recogida en antologías de varios países, entre ellas, *Catedral sumergida* (Cuba, 2013). Su obra ensayística de los últimos años se reúne en *Oficio de lectora* (en edición).

*El sueño todo, en fin, lo poseía:
Todo, en fin, el silencio lo ocupaba*

“Primero sueño”

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Sonsonete:

En el azul del silencio
era un templo natural
con cegador sol de fuego.
Era su claustro abismal.

Dulces ramas murmuraban
las raíces respondían.
Cifras del vivir ignoto
silentes voces se unían.

Piedras solares eternas
enterradas por el verde

Cintilantes mariposas
irradiando en lo agreste.

Todas las aguas reunidas:
ríos de caudales plenos
ríos del fluir armonioso
oscuros ríos secretos

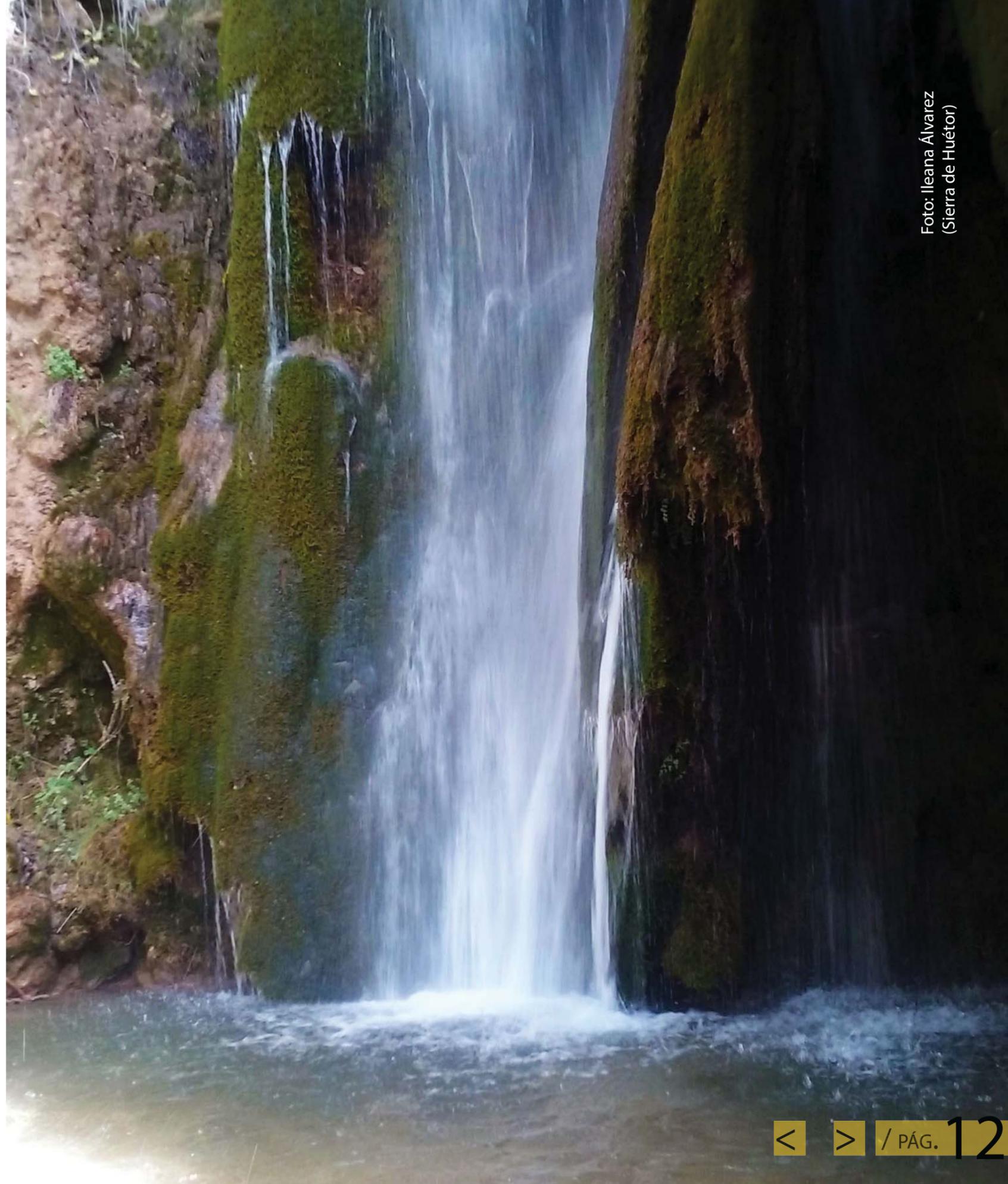
Ante el ojo succulento
flores y frutos en juego
raudos pájaros del aire
apenas sombras al vuelo.

Cielo y montaña fundidos.
Clarones de la espesura.
Praderas que nos convidan.
El alma buscando trémula.

Coda:

Júbilo del vivir ávido.
Memoria de la infancia que volvía
augurando todos los regresos.
Prístina visión de sueño.

Y yo despierta.



EL ESPEJO DEL AGUA

Patio de Comares (Alhambra), de noche

El espejo del agua es un mundo de luces
con palabras de vidrio.

El espejo de agua abre puertas extrañas
con corrientes de frío

y allá vibran las cosas con brillos exultantes
en un tinte sombrío.

Pero en los contraluces la vida adquiere fuerza
entre su desvarío.

Y se rompen los moldes en que el líquido fluye
sobre el cauce del río

y se amoldan las sombras en geometrías fugaces
de sutil poderío.

Las flores son de azogue, los árboles de plata
las piedras de rocío,
y en los bordes del marco hay columnas que bailan
su lento escalofrío.

Habita entre los muros la proporción airosa
del hálito divino.

Cuando miro las aguas se dibuja en sus formas
mi corazón de estío.

CÁMARA DE BALANZAS



Foto: Francis Sánchez

CATÁLOGO DE UNA ISLA DISPERSA

VÍCTOR MANUEL DOMÍNGUEZ

(Bayamo, Cuba, 1957). Escritor, guionista y crítico literario. Ha obtenido premios en los géneros de poesía y cuento en los concursos "El Caimán Barbudo", "Úrsula Céspedes de Escanaverino" y "Manuel Navarro Luna", entre otros. Es vicepresidente del Club de Escritores de Cuba. Autor del poemario *Café sin Heydi frente al mar* (Neo Club Ediciones, Miami, 2014). Reside en La Habana.

En esta isla dispersa, fragmentada por la intolerancia y la incapacidad del régimen de lograr un libre equilibrio entre las partes que conforman el ser de la sociedad, la literatura es el rumbo a seguir para encontrar las huellas de un proyecto hecho pedazos y lanzado al azar por las cuatro esquinas del universo.

En Miami, Madrid, México D.F., París o el más apartado lugar de cualquier punto de la geografía, un escritor cubano se adueña del espacio real que dejó atrás, y a golpes de memoria entreteje una historia sobre causas, razones y hechos que hicieron de su vida este peregrinar que lo alejó de su tierra natal.

Siete historias habaneras (Neo Club Ediciones, Miami, 2014, 198 pp.), escrito por Augusto Gómez Consuegra, es un recorrido desde la memoria y la distancia por una realidad que se transforma en la alteridad contextual, pero que revela experiencias aprehendidas durante su vida en La Habana, armado con retazos reales e imaginarios sobre los despojos de una anquilosada ciudad.

Con la ventaja de no limitar su expresión por temor a la censura oficial, la otredad visual del distanciamiento, y el cúmulo de historias reseñadas por el viajero ocasional, el escritor se adentra en un mundo real que a veces no vemos por la cotidianidad de un derrumbe social que vivimos sobre la marcha.

Calificado como un autor que "establece el precedente de una narrativa precisa, frecuentemente matemática..." por el ensayista, crítico y editor Armando Añel, Augusto nos devela en sus relatos "La pretensión", "Mea culpa" y "La desgracia", entre otros, esa parte de Cuba que desde aquí no se puede ver.

De igual forma, pero a través de la poesía, en el libro *Ínsulas del cosmos* (Ego Group Inc., Miami, 2006, 62 pp.), Alejandro Fonseca nos

conduce, entre tropos y símiles insertados en un tono conversacional, por esas islas cósmicas en el acervo cultural de una nación que forman parte del imaginario popular.

Sea en Troya o La Habana (viviendo en extramuros de una ínsula rodeada por el temor a cualquier tipo de violencia o imposición), la mirada poética traza un puente que, cruzado por un sujeto lírico múltiple y observador, canta recostada en el muro de la desesperanza su añeja y tenaz letanía del ansia de volver.

Tras un exergo que resume la trayectoria temática y visionaria del poemario ("*...cuánta palabra, cuánta pobreza, cuánta máscara deshaciéndose como una cansada profecía*": Jorge Luís Arcos), Fonseca nos transporta en versos que rompen como olas gigantes en las costas abruptas y lejanas de ínsulas perdidas

Estructurado en tres secciones que se interrelacionan y complementan en su decursar tautológico por la geografía insular: La sombra, los disfraces; La certeza, los designios, y Un bosque, un pueblo

extraviado, el poemario es un mapa de nostalgias cartografiado en versos desde la dura realidad del exilio.

En su poema "El último refugio", el poeta se pregunta: "*si por un instante pudieran devolverme / la ceniza irradiante de lo perdido / qué puerta / qué constelación abriría...*" En Las culpas innombrables: "*Adónde han ido los cuarteles vacíos de las noches / los sueños inverna-dos de una isla*".

Poesía de la nostalgia, el amor, la culpa, y la esperanza perdida, *Ínsulas del cosmos* funciona, sin lastres panfletarios, como un lírico y a la vez endurecido alegato contra quienes levantan por la fuerza del poder el muro de la lejanía.

El catálogo de una isla dispersa, confeccionado por escritores cubanos desde las más cercanas, alejadas, acogedoras u hostiles geografías, es el ave viajera que sobrevolando los muros de la intolerancia, establece su nido allí donde la memoria, sin importar el tiempo y la distancia, tiende un puente hacia la vida. ●

LA POESÍA DE VIRGILIO PIÑERA O “LA IMPONDERABLE AMARGURA DE UN ZAPATO”

ILEANA ÁLVAREZ

(Ciego de Ávila, Cuba, 1966). Graduada de Filología en la Universidad Central de Las Villas (1989). Máster en Cultura Latinoamericana. Directora editorial de la revista *Videncia*. Tiene publicados, entre otros, los títulos: *Libro de lo inasible* (1996), *Oscura cicatriz* (1999), *El protoidioma en el horizonte nos existe* (2000), *Los ojos de Dios me están soñando* (2001), *Desprendimientos del alba* (2001), *Inscripciones sobre un viejo tapete deshilado* (2001), *Los inciertos umbrales* (premio “Sed de Belleza”, 2004), *Consagración de las trampas* (premio “Eliseo Diego”, 2004), *Trazado con cenizas* (Antología personal. Ed. Unión, 2007), *El tigre en las entrañas* (Crítica, 2009), *Escribir la noche* (2011), *Trama tenaz* (2011) y *Profanación de una intimidad* (ensayo, 2012).

Si en un género, entre los múltiples que cultivó Virgilio Piñera (Cárdenas 1912-La Habana, 1979) se ponen de manifiesto con mayor dureza y desnudez las fuerzas contrarias que se agitaban en su temperamento y que lo hacían cumplir sucesivas muertes y resurrecciones, es la poesía. Esta parte de su creación, tan inexplorada aún, tan incomprendida o situada al margen hasta por el mismo autor, necesita hoy situarse en el centro de las interpretaciones, pues en ella precisamente habitan las cifras para entender su obra como una totalidad que se construye a partir de colisiones de capas, la estética cautivante y fundacional, sin la cual la literatura cubana no habría alcanzado en el siglo XX esa dimensión de ruptura que puede caracterizarla como una promesa de experimento más allá de los mitos y la modernidad crepuscular. Revivirlo, pues, en el acto fecundante de la lectura, deviene responsabilidad de cada generación. La lectura contemporánea de un autor ya canon, se realiza en una especie de *continuum al infinitum*, al agregar al texto nuevas y hasta encontradas resonancias que dialogan entre sí y con lecturas anteriores que a la larga enriquecen los sentidos primarios de la obra artística.

Tal es así, que ubicado ya como un texto iluminador de nuestra insularidad y cubanidad, “La isla en peso” (1943), su poema más conocido y tal vez el más ambicioso, ha transitado por múltiples etapas interpretativas, desde la negación de muchos contemporáneos, algunos tan cercanos como los origenistas Eliseo Diego, Cintio Vitier y Gastón Baquero, hasta la afirmación y la influencia significativa rotunda ocurrida en las décadas de los 80 y los 90, cuando promociones de jóvenes poetas desde la poesía y sus necesidades ontológicas, sobreponiéndose al rol científico de la crítica, rescataron para sí esa visión antiutópica de la Isla, asumiendo el texto como metáfora que explicaba y resumía actitudes e indefiniciones de un contexto sombrío.

Porque, en efecto, recepciones sucesivas, que van desde la negación hasta la afirmación tácita —jamás indiferencia— ha causado siempre la

poesía de Virgilio Piñera. Esto reafirma su poderío expresivo de amplia apoyatura conceptual, que se fundamenta en el sentido proyectivo y dialéctico de su escritura, al contener y sobrepasar incluso los gestos que llevan implícita su negación posible. Así en el tiempo él estampó, y otros vendrían a corroborar, su obra como una conversación que fluye sobre las ruinas del pasado inminente, y su recia fibra que nace de una experiencia personal e histórica, una realidad como ha dicho el propio Vitier, “desustanciada”, de lo que se desprende un fruto de gran exquisitez estética y densidad humana. Escritura que se muerde la cola, de naturaleza abierta y polémica, pero que exprime y desborda el tejido vivencial y niega incluso esa historicidad hasta situarse en un límite no temporal, algo semejante a la trascendencia.

Los origenistas, allí donde creyeron que se había atomizado lo “esencial político”, buscaban una salvación en lo que Lezama llamó “una teleología insular”, a la manera casi mística proclamaban el poder actuante de la imagen en la historia, eran unos utópicos, su proceder poético derivaba de la certeza de que la poesía puede salvar y cambiar el estado de cosas. Por ello, el “todo es triste”, que Virgilio repite enfáticamente en su poema “Elegía así”,¹ difícilmente podía ser entendido, mucho menos aceptado —aunque no creo que ese haya sido el propósito de Piñera— por poetas como Vitier, al cual le provoca juicos tan mordaces como este: “[...] cambió la ingenua poesía por los infernillos literarios y con su obra se ha empeñado en demostrar que, como decía el estribillo de su ‘Elegía así’, ‘todo es triste’. Pero no ha logrado convencernos”.²

Esta elegía, desde su mismo comienzo —“Invito a la palabra/ que pasea entre perros su desierto ladrado”— estaba removiendo una buena parte de los principios sobre los que se levantaba la catedral imaginaria, pero sobre todo el *ethos* iluminista, del Grupo Orígenes, pues la palabra y la vida del poeta es igualada a la vida y el ladrado de un miserable perro callejero, es “terrosa”, “perfora la vida y los espejos”, y detrás

de las palabras “*las serpientes se ríen*”. Un poema que se erige en una especie de ofensa para Vitier, suscita en este un comentario no menos beligerante. Piñera había lanzado sus “*aperradas flechas*”, sus “*dentadas*”, quizás sin proponérselo, sobre una estética de matriz patriarcal y católica, sobre una forma de habitar y construir la identidad nacional, sobre una condición promulgada por ese grupo que a él sí no lo convencía, pues ya había sido negado demasiado, ya había sufrido y carecido demasiado.

Ahora, cuando tantos modelos ideológicos tenidos por certezas inamovibles han quedado en evidencia y caído, dentro de este absurdo presente casi sin pasado ni futuro que vamos viviendo —sin poner en duda la posibilidad inconmesurable de una poesía como la de Lezama y la sugestión de sus insólitas asociaciones—, en comparación con sus colegas que coinciden dentro del mismo cuadro de hostilidades ostensibles a que se enfrentaron, a mí me resulta más vivo y cercano el testimonio dramático de Virgilio Piñera en “La Isla en peso”. Hoy, su “juego de palabras con ladridos”, me revelan la voluntad de sinceridad y capacidad de superación de un gran agonista en el terreno del arte, lo que me avisa sobre otras posibilidades asombrosas de la metáfora que no se desvían del carácter paradójico y efímero de la existencia.

Los instantes de la cotidianidad que Virgilio literaturizó en sus poemas, me alimentan y ayudan a entender mi circunstancia, del mismo modo que creo que ayudan a cualquier lector sensible a situarse directamente en la carne, en tiempo y espacio, y ver desde adentro la encrucijada existencial que es la sobreabundancia de la Nada de Piñera. A diferencia de lo que plantea Vitier, su pupila analítica está muy lejos de ser “desustanciadora”, ya que explica y escudriña con dolorosa lucidez un escenario donde el vacío y la tristeza carcomían cualquier acto fecundo y dejaban en entredicho incluso vestigios hipócritas de discursos mitificadores, asimismo el gran dramaturgo en la hora de su poesía descarnada ofrece un lado incómodo de la psicología del cubano, un



lado de su conciencia nacional muy diferente a lo que una élite intelectual voluntariosa y una clase social viciada e interesada habían convertido en cliché o en folclor por los simulacros concurrentes de las afectaciones literarias y el fraude político.

Para Vitier y otros origenistas, fieles a “esa Cuba intensa y profundamente individualizada en sus misterios esenciales por generaciones de poetas”,³ tan reciamente católicos, resulta amargo que ya esté ocurriendo que, como si hubiese sobrevenido el fin de la historia: *“la santidad se desinfla en una carcajada”*.⁴ Vitier afirma que su “testimonio de la isla está falseado”,⁵ pero la isla de Piñera es tangible, concreta, y por eso duele, aunque él sabe que no es la única posible, y aquí tal vez radique el gran mérito suyo, reflejar otras imágenes de la historia que permutan inevitablemente el cuerpo de su yo material con la naturaleza de su espacio autóctono, un saber que lo afirma aún más en su autenticidad de hombre maldito y maldecido, como lo trasluce poco antes de morir en su conmovedor e irónico poema “Isla”: *“tendido como suelen ser las islas / miraré fijamente al horizonte, / veré salir el sol, la luna, / lejos ya de la inquietud, / diré muy bajito: / ¿así que era verdad?”*⁶

Sus visiones, llenas de mutilaciones del cuerpo y autofagia, están abiertas a la cópula y al renacimiento. En definitiva su lenguaje insular, su poesía que habla desde la condición o máscara de la isla en que se proyecta su voz hacia lo desconocido, donde la insularidad está definida precisamente por la indefinición y por el cáncer del horizonte acuoso que roe, se mezcla como en un coro, para reflejar un sentido de pertenencia que es pago de impuesto obligado en las fronteras de la historia, y aunque sea mediante el rito protocolar de la ironía y el patetismo travestido, con otras voces y visiones, otras netamente oníricas, menos problemáticas, como esas donde ocurre la “fiesta innombrable” y colorida de Lezama, o aquella “esbelta y juncal” de Dulce María Loynaz, o la de la tierra de Fina García Marruz, coronada por un cielo acariciable porque muestra un color “que ondeaba tierno en las banderas viejas”.

Por esa capacidad copulativa que se presenta ya plenamente desarrollada en la poesía de Piñera, sobre todo en su veta conversacional e iconoclasta, por esa explosión del vacío histórico que surge de la certeza incertidumbre y la firme inseguridad, nunca llega a quedarse el lector completamente a oscuras en la soledad de sus versos, sino con más ansia de luz y justicia. Se siente el eco de San Juan que decía vivir “deseando nada”, cuando asistimos a la energía activa de Piñera, movilizado por la fuerza del *pathos*, que se despliega en versos donde la emoción va a fijar el centro del pensamiento poético con expresiones como “*hay que morder, hay que gritar, hay que arañar*”.

Comparto con David Leyva⁷ el asombro y hasta el dolor ante las opiniones vertidas sobre Virgilio por Vitier —pensemos que provienen de una persona imbuida en la espiritualidad martiana—, primero en *Orígenes*, luego acentuadas y recrudecidas en *Lo cubano en la poesía*, donde le cataloga de “poeta frío de la desolación física y las nefastas meditaciones”.⁸ Pero aún más me asombra, también, que muchos estudiosos que vinieron después no se hubieran percatado a tiempo de aquellos prejuicios que habían estado cargando los dados contra el autor enjuto, homosexual y de familia pobre, para que a posteriori, y como de gratis, otras generaciones⁹ hayan seguido repitiendo un eco crítico que no tomaba en cuenta el verdadero calibre de la obra de un hombre genial como Virgilio Piñera.

Al mismo Vitier hay que agradecerle la exégesis del poema “Vida de Flora”. Coincido con él en que “una desolada ternura nos detiene y sobrecoge”. He escuchado este poema en voz de Virgilio y no deja de estremecerme la intuición para penetrar la vida de una mujer humilde, alguien que posee lo que Vitier llama una “punzante humanidad”. Puede parecer peregrino, pero a mí me resulta un poema de defensa a los derechos elementales de la mujer y un canto o elegía a ese cuerpo *otro* que carga el peso de la sobrevivencia cotidiana o la subsistencia constante en el medio hostil de una sociedad machista. Es un canto al cuerpo

deformado por el trasiego de las cargas pesadas de una existencia sin sentido, y un canto a su espíritu, a su capacidad fabulativa, a la fuerza de su imaginación y de sus resistentes sueños mínimos. En ese “*Ponte la flor. Espérame, que vamos juntos de viaje*”, y en ese “*Flora, te voy acompañar hasta tu última morada*”, encontramos quizás la mayor y más dramática identificación de un poeta con los destinos de una mujer anónima y de “pobreza irradiante”. El alma femenina de Flora deja de ser parte de su función vegetativa o puramente instrumental, mientras el poeta la describe por su movimiento último y definitorio, en el acto amoroso del acompañamiento hacia la muerte, como alma del propio poema.

Bajo la impresión que me causaran estos versos, hace algunos años escribí un poema que incluí después en mi libro *escribir la noche* (Ed. Letras Cubanas, 2010), dedicado a Virgilio y a la Flora que me habita. Es con un fragmento de mi poema que quisiera terminar. Quizás a través de este diálogo intertextual que realizo con sus versos logre explicarme mejor y retomar la huella que la poesía de este poeta controversial, dispensador de nieblas, profundamente humano y solo, ha dejado en mí:

solo existimos en la luz la espera y yo. flora y yo entre las planchas del hastío que sabremos quebrar, miramos juntas, apenas como un par de dientes encajados, el vacío que se extiende por encima del horizonte que dios maduraba con una sola sajadura, el río de la nada que ha cercado al país, con otro par de miradas cerriles domesticamos nuestros cuerpos, el frescor de los árboles que la sed hurtó parsimoniosa. trabadas nos acomodamos sobre la hierba de los días idénticos, mordiéndole la cola a la tristeza; y ya llegan los pájaros a cantar entre nuestros dedos largos y húmedos. todo tan natural como quien toma un té de raíces.

*nostalgia del jardín al romperse la tarde, sin otro pensamiento que degustar el hondo aroma, así, humildemente acompañadas, van surgiendo de nuestra mirada las criaturas que le faltan al horizonte de dios.*¹⁰

(Intervención en Coloquio Homenaje a Virgilio Piñera, Centro Cultural Dulce María Loynaz, La Habana, 28 de septiembre de 2012.) ●

¹ A Virgilio López Lemus le recuerda el *nevermore* de “El cuervo” de Poe, cf. el ensayo de este autor “Vida verdadera del poeta Virgilio Piñera”, en *Oro, crítica y Ulises o creer en la poesía*, Ed. Oriente, 2004, p. 108.

² Cintio Vitier: *Lo cubano en la poesía*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970, p. 484.

³ Cintio Vitier: ob. cit., p. 480.

⁴ Virgilio Piñera: “La isla en peso”, en *La isla en peso*, Edición del Centenario, Ed. Unión, 2011, p. 31.

⁵ Cintio Vitier: ob. cit., p. 481.

⁶ Virgilio Piñera: ob. cit., p. 210.

⁷ Cf. David Leyva: *Virgilio Piñera o la libertad de lo grotesco*, Ed. Letras Cubanas, 2010, p. 16.

⁸ Cintio Vitier: ob. cit., p. 484.

⁹ Cf. las opiniones de Enrique Saíenz en *La poesía de Virgilio Piñera: ensayo de aproximación*, de Virgilio López Lemus en “Vida Verdadera del poeta Virgilio Piñera” y de Alberto Garrandés en *La poética del límite*.

¹⁰ Ileana Álvarez: “la espera es una sombra descocida”, en *escribir la noche*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 2010, pp.74-75.



JOSÉ KOZER, UN JUDÍO CUBANO EN LA DIÁSPORA

RAFAEL VILCHES PROENZA

(Vado del Yeso, Río Cauto, Granma, Cuba, 1965). Lic. Educación Artística en Artes Plásticas. Egresado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Premio de poesía "Manuel Navarro Luna" en 2004 y 2010, con *El único hombre* (Ed. Orto, 2005) y *País de fondo* (Ed. Orto, 2011). Ha publicado *Ángeles desamparados* (Novela. Ed. Bayamo, 2001 / *El Barco Ebrio*, España, 2012), *Dura silueta*, *La Luna* (Ed. Bayamo, 2003), *Trazado en el polvo* (Ed. Holguín, 2006), *Tiro de gracia* (Ed. Holguín, 2010), *Lunaciones* (Letrabierta, La Habana, 2012), *Café amargo* (Miami, EE.UU, 2014). Textos suyos se han publicado, además, en España, Italia, Nueva Zelanda, Alemania, Puerto Rico, México, Honduras, Brasil, Chile, Canadá, Argentina y EE.UU.

Rafael, esto que hacemos es para mí un modo de ir labrando una salida digna para todos dentro del largo drama cubano que ya es hora de "arreglar" para el bien de todos. Abrazos.

JOSÉ KOZER

Kozer regala sus mitos. O sea, una realidad verdadera. En última instancia un poeta se mide por su singularidad (que proviene de la extrañeza desde donde nos habla y de la extrañeza que es capaz de despertar en nosotros); por su manera peculiar (irrepetible) de decir su palabra, de escucharse su voz; por su imaginación y poder cognitivos —ya intelectuales, ya efectivos, ya sensoriales—, dables de activar los nuestros; por su forma de crear un universo lingüístico suficiente; simultáneamente, en algunos casos mayores, por su capacidad para conmovernos; y, sobre todo, por ese su natural develamiento de lo desconocido, a la vez que preserva su misterio. Todos estos dones pueblan la poesía de José Kozer, quien desde ya debe considerarse como una de las voces más auténticas de la poesía cubana en cualquier tiempo.

JORGE LUIS ARCOS

Un buen sitio para el árbol de vida, un telar para rehacer con ansias la Patria, fuente de palabra donde se asienta el sedimento del sabio que nos canta desde un padecer milenario, humano. José Kozer, nacido en La Habana, Cuba, el 28 de marzo de 1940, hijo de judíos checos (por parte de madre) y polacos (por parte de padre), vive en los Estados Unidos desde 1960, donde ha prolongado la diáspora ancestral y familiar. Reside en Hallandale, Florida. Es hoy el poeta cubano más relevante cuya obra ha sido escrita totalmente en el exilio, el más importante de expresión castellana de cuantos escriben hoy en los Estados Unidos.

Sabiduría, dolencias de infancia, heridas que no cicatrizan en la memoria, vacíos que se llenan con el poema, evocaciones, amarguras para que el perdón del pasado nos alcance y nos sane fulminando los padecimientos.

Es su mano lavada en la mañana, antes del laburo, su mente trueca todo con la respiración del poema, la palabra que nos robustece.

Alguien pone en duda que sea José Kozer el poeta cubano vivo más grande y portentoso de nuestros días, no son vanos halagos, lastima, que haya un silencio cómplice en el territorio de la palabra, la lengua, y el poderío ahogue toda posibilidad de reconocer la esbeltez en el idioma.

Son sus poemas júcaros, ceibas que se observan en las llanuras de la Carretera Central mientras se viaja a lo largo de su Isla-Patria. Su poesía árbol-dolor-desgarradura desde el nacer, trayectoria de vida, angustia que sangra en la conciencia que nos hace despertar del sueño fingido, la miseria de la cual huir, de la que no logramos salir sin cicatrices.

Es su escritura un rascacielos, donde el ser humano es base, y abismo propio. Su poesía sorprende a cada paso que se avanza en la lectura. Es dar palique al vecino, con ese hablar hacia la Cuba de todos, la que dejó, la que le incumbe, la que lo abandona como un hijo a la buena de Dios, se desentiende de sus dolores, que permanece en las descendencias que por el mundo no encuentran puerto donde anclar sus nostalgias, las esperanzas, incrementando tristezas.

La escritura de Kozer es todas las mujeres de la Isla, tejen como abuelitas con agujetas antiquísimas, con sus hilos de estambres guardados de año en año en antiguos neceseres, pequeños cofres femeninos que hurgan, abuelas, madres, hijas, hermanas, comadres, con música de fondo, música que viene desde la noche insular, otoño de

todos los seres que somos o hemos dejado de ser, olvidando a nuestras mujeres en el arte de fabricar la espera de mejores tiempos.

La poesía de J.K gracias a los amigos se abre paso en Cuba y va ocupando el lugar que merece en el mapa literario de la isla.

Hay en él un indudable dominio del idioma, múltiples culturas, saberes que como la mismísima diáspora estallan para contaminar todo, abre el diapasón del acervo del cubano prisionero en su *cubane*, en el cerco de aguas, la restricción por los caprichos injertados, que él escritura en cada verso, asoma el labio torcido con disgusto como se alza una guámpara en las manos de un mambí.

Toda la luz cabe en las alforjas de su caballo, el caballo blanco de José Martí, el caballo negro, moro de Antonio Maceo, el caballo que lleva cada cubano por el mundo, incrustado en el pecho como llamada, como rebelión, como libertad unánime que se da en grito, aullido, para constelarse y consumir todo, reconocer que nos duele, nos espanta la grandeza del otro.

Preferimos ir con nuestra música a otra parte. Me abro el pecho, solo para ver la estrella que me hace padecer por todos, como un mártir, como un martirio, como Cristo sobreviviendo en los padeceres de la Patria, reconocernos en cada verso sacado de la fatiga de este poeta que amasa palabra a palabra cual tahonero hace su masa para hornear el alimento del día.

Kozer es un emigrado que no dejó de ser cubano ni un instante en su existencia. Deberíamos, hermano José, nominarte al reconocimiento entre todos los hombres y todas las mujeres. Me espanta que nadie se dé cuenta, que los que sí lo hacen les duela la grandeza del arte de este ser, su gigantesca figura poética, y humanista.

Los aportes de la Isla al universo que habitamos, voz que nos engrandece, fundiendo lo judío, lo cubano, lo hebreo, lo peninsular, lo

caribeño, lo universal, que juega y se hace amasijo oriental, occidental, ajiaco a lo Fernando Ortiz, magia martiana que cobra vida en la versificación, verbo que sangra y respira en sus pergaminos, se torna sabiduría, es el brujo de la aldea, el gran mago que hace sanar con su canto diario, su escritura viva, hay en ella muerte, futuro, iluminación, para que no olvidemos el pasado, la tristeza, el sufrimiento, los atisbos de felicidad que quedaron en algún resquicio de la memoria.

Pinta en cada rasgo, en cada sonido, un universo dormido, ignorado en el aserrín, el miedo, la censura, lo albergado que se disimula tras nuestros ojos neblinosos, imprecisos, hacia la nada.

Cuba es vacío, niebla, isla de nunca jamás, donde beber un sorbo de café amargo nos hace recordar que alguna vez gritamos en la manigua, una carga al machete, que incendiemos nuestros hogares, que nos dejemos arrancar las uñas, para no ver la tierra sagrada jadear en el estercolero.

La noria gira, el círculo es cuadrado, el pan se agria en nuestras bocas, y en silencio, el llanto es de la alta noche, no resistimos tantos astros entrando al unísono en nuestras almas. Nuestra sangre ha sido contaminada, se fermentó, y nuestras mentes trastocadas.

La poesía de José Kozer en clave para el lector de la Isla es secreto a voces, un repique, un toque de tambores, un entramado que se teje de ola en ola, de continente a continente, vocífera de puerta en puerta, quienes somos, como somos. Trasciende con ambición lo cubano en lo universal, sin alterar los códigos fundamentales, nos habla desde las raíces, desde lo fundacional con el mismo sangramiento del parto del Creador. Toca con mano dura las campanas de La Demajagua para libertar una buena mañana al esclavo.

J.K funde con maza carnal la ínsula en la diáspora planetaria, en la que se ha convertido el cubano, Isla-éxodo navega con el doliente a

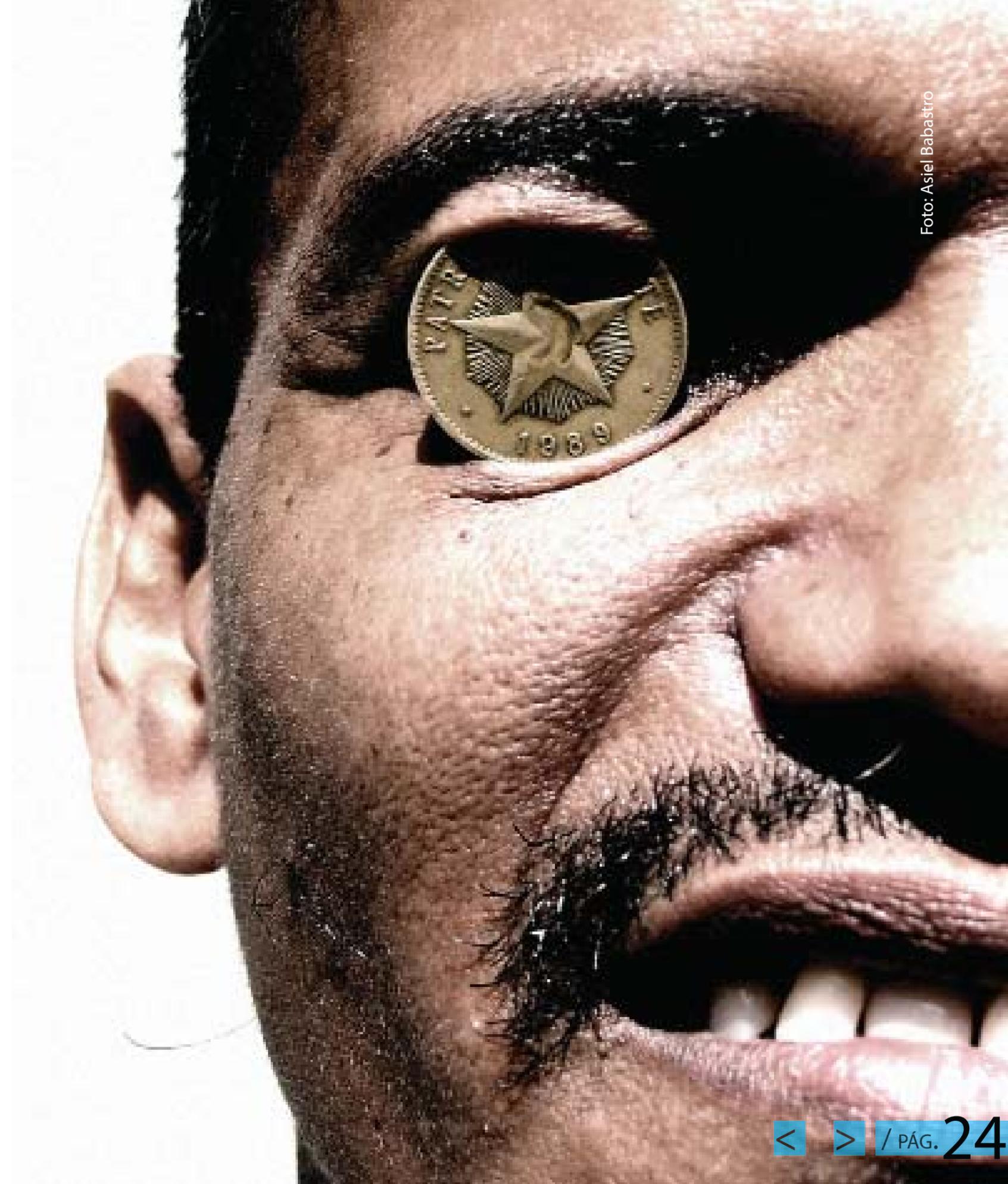


Foto: Asiel Babastro

sabiendas de que quien migra resarce cada olor-dolor, cada partícula de polvo, el sudor angustiado del ser de a pie, las aguas vistas desde la puerta de casa, fundirse en el desagüe palpitante por cotidiano, con un hedor familiar respirable, asimilado sin objeción, aún en la distancia, en la realidad lejana que queda flotando en el imaginario del emigrante que se resiste a perder los elementos más simples de sus años vividos y padecidos en Cuba. Está en su ADN, en sus angustias ancestrales y vivenciales. Es la grandeza no aceptada.

Con humilde admiración reconozcamos la voz portentosa de un artesano de la lengua, artífice del imaginario poético de una patria deshecha que sobrevive en el sollozo del poeta que la hace suya como una balsa, para salvar en su memoria recobrada, cantos, lamentos, gritos ignorados, con ese hálito salobre del agua que nos hace aislarnos como Ulises multiplicados, sobrellevando la claustrofobia visible, sombras, laceraciones heredadas.

Ya este cantor no nos pertenece, es propiedad irrefutable de todos los hemisferios. Significativa, monumental es la obra de este individuo que va y viene por el mundo gritando un entorno que le pertenece, un imaginario que a pesar de aislarlo es suyo por derecho propio.

José Kozer crea sus referentes para hacernos visibles más allá de las fronteras que nos retienen, mestiza el idioma, alza los códigos nacionales en sus incansables itinerarios del viajero infatigable en el que se ha convertido desde los veinte años, *él es Ulises, es nadie, es todos los nacidos en Cuba, es todos los hombres emergidos de cubanas fuera del suelo patrio, los dados a luz por la sagrada voluntad del Señor.*

El Premio Nacional de Literatura, el Cervantes, el Nobel de Literatura, justificarían toda una obra de vida, un vivir, para resaltar un arte final, un canto de inicio y continuidad, palabra para resarcir los dolores, los olvidos, las censuras a lo diaspórico, a lo migratorio, a lo que ya no pertenece al cuerpo de un país que es de todos, y hacia todos va la hostia de esta tierra bendecida para sus hijos, a los que permanecen en ella, a los que decidieron partir un buen, un mal día.

J.K nos canta, nos discursa verdades que sangran día y noche en la hoja en blanco, en las horas del hogar, en los espacios robados a la Guadalupe, su muchacha, en su espera cariñosa, en su parte que palpita, para que el poeta pueda dar su *Aullido, su grito al machete, su alarido de libertad.*

Que las claves sonadas por el cantor no *musiquen* en vano, que no sean sílabas muertas.

Una memoria viva la del poeta cubano José Kozer que merece todos los elogios, todos los agasajos, para que la esperanza no muera, y no se ahueque el saco donde permanecemos millones y millones de compatriotas reclamando un anhelo, la esperanza. ●

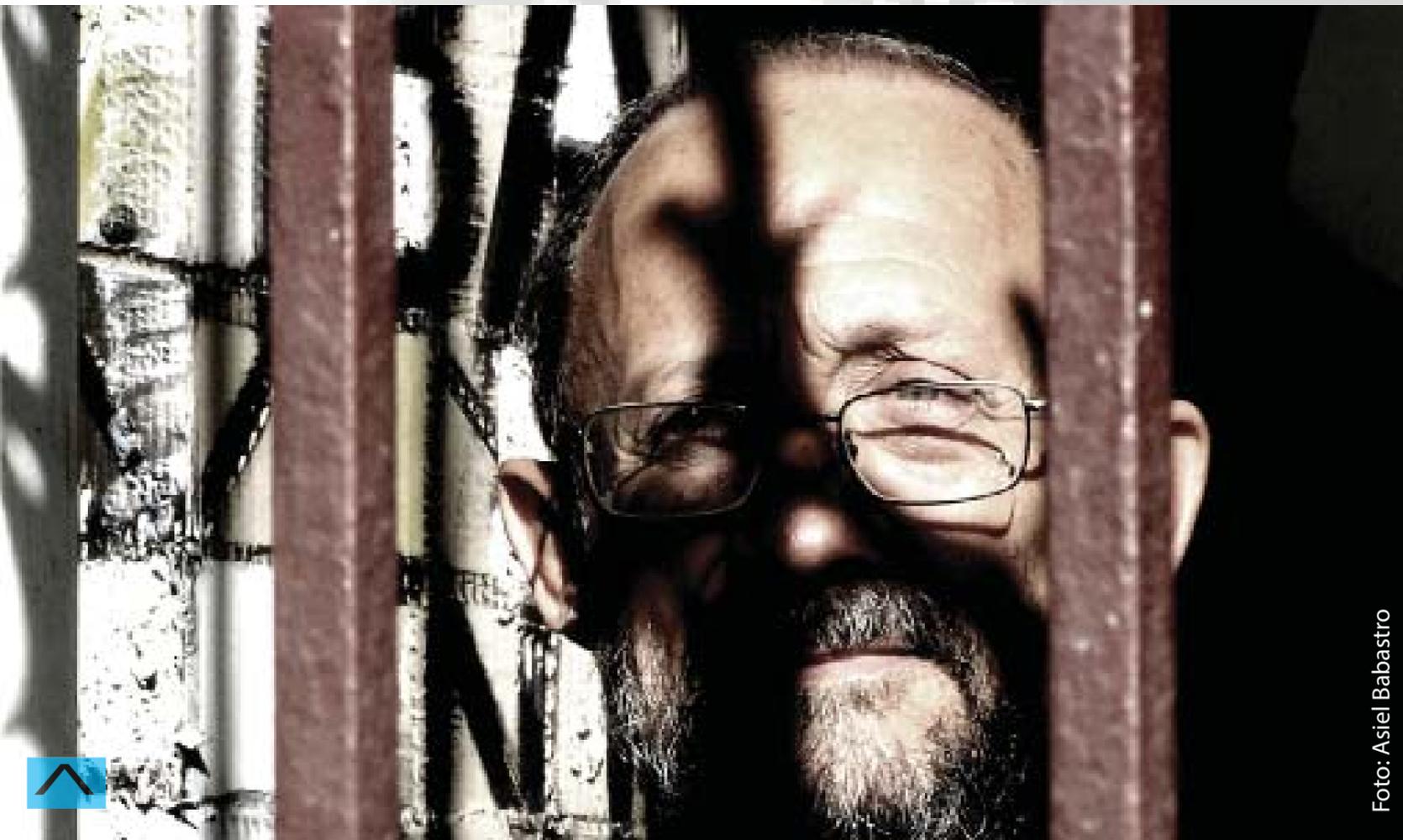


Foto: Asiel Babastro

FRANCO NEGRA



Foto: Francis Sánchez

ENTREVISTA CON EL GIROVAGANTE

GIORDAN RODRÍGUEZ MILANÉS

(Manzanillo, Granma, Cuba, 1973). Narrador, guionista y director de Radio y Televisión desde 1991. Trabajó en Radio Bayamo y Radio Granma. Ha obtenido el Premio en el concurso "Juan Francisco Sariol" en el género de cuento. Ha publicado varios cuentos y ensayos en revistas literarias como *Ancora* de Ediciones Orto y *Ventana Sur* de Ediciones Bayamo, y de igual modo obtuvo la Orden al mérito artístico de la Universidad Pedagógica de Granma. Ha publicado *El Casi Libro del Inconforme*, *Retazos de la Censura* (Ed. Orto, Manzanillo, 2011).

El Girovagante teme al poder de la palabra. En esta masa informe llamada pueblo, el Girovagante ha sido educado al compás del metrónomo en la restricción y la tontisemia reduccionista, el escarpelo ideo-político y la catarsis colectivizante. Lo primero que me advirtió su esposa, con quien tuve un contacto informal exploratorio, fue que al Girovagante hay que hacerle preguntas simples sin el más mínimo resquicio a la pluralidad porque, sin importar la cantidad de neuronas que pueda tener, aferrado a su espíritu ahorrativo, el tipo sólo se permitirá el uso de dos o tres para responderte. Su esposa también me ha confesado que, en aras de la buena comunicación, no use palabras como "libertad", por ejemplo, que le espanta si se trata de respetar la ajena, o "democracia", que suele sobresaltarle. Me ha contado que "participación" le produce impotencia y "diversidad" podría ponerlo al borde de un colapso de su identidad sexual.

"Cualquier comemierda publica un libro en este país", me suelta de saludo el Girovagante.

Me invita a sentarme frente al buró sintético con ribetes de modernidad, tapizado con un cristal bajo cuya transparencia apresa sus planes de trabajo, las reuniones de sistema y las directrices.

"La Revolución ha sido tan magnánima con los llamados intelectuales que cualquier advenedizo, sin formación universitaria ni cultura política, intenta sacar los ojos a la obra suprema que le ha dado luz".

¿A su madre?, quisiera preguntarle, pero no me parece un buen comienzo.

Está vestido con prendas demasiado fosforescentes, creo, dado que su principal deber es contribuir al triunfo proletario, y se mueve semiflácido como pene en coito protegido con una prostituta altamente profesional: preciso y sin pasión, el coito claro. Su oficina: ordenada, pulcra y bien climatizada, muestra en las paredes cuatro fotografías propagandísticas que me ubican rápidamente en los paradigmas que el Girovagante espera asociemos con su comportamiento laboral y personal.

“Hay quienes se dedican a criticar a los dirigentes porque son incapaces de brillar por sí mismos como escritores”, comenta sin que aun éste entrevistador haya abierto la boca. Sonríe y se acomoda los ricitos de oro, al estilo Matojo, aunque con un gesto casi afeminado que nada tiene que ver con el personaje de caricatura.

“Yo vine aquí porque me dieron una misión, una tarea, y he sido formado para cumplir disciplinadamente cualquier misión que se me encomiende. Mañana puedo estar en otro lugar, incluso puedo estar en un aula impartiendo clases de lo que me gradué en la Universidad, no tengo ningún aferramiento a este puesto”.

¿Qué tiempo usted impartió clases después de graduado en la Universidad? Al fin logro pronunciar la primera interrogante... “Tiempo, no. Ni un minuto. Sólo impartí clases en los ejercicios de exámenes, y a veces ni en esos ejercicios, porque siempre andaba ocupado en asuntos de mi vida como dirigente estudiantil, pero estoy dispuesto a ir a un aula o adonde se decida...”

¿Lo decida? ¿Quién lo decida?

“El país, por supuesto”.

O sea... ¿Usted convocará un referéndum para que la gente vote si usted se dedica o no a lo que estudió en la Universidad...? Le sugiero, y el Girovagante lanza una carcajada, se arrellana en la silla giratoria y me mira como el juez al condenado: “Tú sabes a quiénes me refiero”.

No, no lo sé, la verdad, le respondo mientras levanta el auricular del teléfono y marca un número... Cuando usted dice “el país” —agrego—, pienso en una metáfora geográfica de todos los cubanos que viven en la isla parecida al caimán. Otra cosa sería “la nación”, o sea: todos los cubanos vivan donde vivan y sus aportaciones culturales, creo yo.

Ante mi andanada, el Girovagante mira al vacío, a un punto intermedio entre la infinitud de la materia (que ni se crea ni se destruye) y la espiral del silencio. Espera que alguien le responda al otro lado de la línea, cuelga, y se me encara como quien escruta. Decido pasar a la ofensiva y le pregunto cuándo descubrió su extraordinaria vocación para liderar procesos políticos o administrativos...

“Bueno, el problema es que yo no lograba aprender a leer ni a escribir a pesar de haber llegado al cuarto grado por mi buena conducta y participación en todas las tareas, así que la maestra, como incentivo, me entregó una libreta para anotar a los que llegaban tarde al matutino o hablaban en la fila hacia el comedor del seminternado”.

¿Y logró aprender a leer y a escribir?

“Sí, pero nunca libros ni letras de imprenta, sólo anotaciones hechas en cursiva”. “Después, como jefe de colectivo, realicé una encomiable labor en la búsqueda y captura de comedores de guayaba, y demás está decir que desde entonces participé activamente en actos políticos y desfiles conmemorativos”.

¿Cómo espera enfrentar su nueva tarea en el Gobierno Municipal?

“Pensando todo en las decisiones del país, las directrices del partido y las orientaciones del gobierno provincial”...

¿Y el pueblo, la gente de la comunidad? ¿No pensará en ellos?

Justo cuando se inclina hacia adelante para comenzar a responder, el teléfono suena, el Girovagante me da la espalda y habla con alguien.

Se vuelve. Está más colorado que un tomate putrefacto, y es él entonces quien pregunta...

“¿Y a ti quién cojones te mandó a entrevistarme, porque ya me avisaron de que no perteneces a ningún órgano de prensa autorizado?”

Comprendo que ha terminado la entrevista. ●



Foto: Francis Sánchez

ME SUPO A PIEDRA

OTILIO CARVAJAL

(Chambas, Ciego de Ávila, Cuba, 1968). Poeta, narrador, investigador y crítico literario. Reside en Santa Clara. Algunos de sus libros, son: *Thanksgiving Day* (Matanzas, Ed. Vigía, 1999), *Libro del profanador* (Santa Clara, Ed. Capiro, 1999), *Libro del Holandés* (Novela. Ed. Ávila, 2000), *Oda al pan* (Ed. Ávila, 2001), *Ponme la mano aquí* (Novela. Santiago de Cuba, Ed. Oriente, 2001), *Los navíos se alejan* (Ed. Ávila, 2002), *Prohibido soñar en esta casa* (Ed. Ávila, 2002), *Pájaros de la noche* (Teatro. Ed. Ávila, 2003). Trabaja como editor de Ediciones Capiro.

Les sepa a gloria (Ed. Capiro, Santa Clara, 2014) es un libro de terror. Cuenta las historias de once mujeres degradadas al estado de “trastos prescindibles”.

Escrito con el candor y la frescura de quien narra desde una mecedora, Caridad González Sánchez (Santa Clara, 1954) nos introduce con su breve volumen en el cosmos sórdido que entraña la más aborrecible de las formas de la violencia de género, que es la violencia familiar. Como arquetipo, cuando se habla o escribe sobre la mujer maltratada, vejada, humillada hasta un punto más allá de la verosimilitud, nos viene a la cabeza la idea de un marido energúmeno azotando a su esposa, haciéndole ver *quién es el que manda*, desnudándole de los atributos que necesitan los seres humanos para sentirse dignos; privándole de su libertades humanas; violándole el cuerpo o el espíritu: gracias a Dios, Caridad no cae en la trampa arquetípica y consigue un amplio abanico de métodos y modos de violencia. El dador, el que humilla, las bestias que despojan de todo su valor a las víctimas de estos once relatos pueden ser —además del marido desalmado— los hijos (tan tiranos que son a veces), una suegra (tan sinvergüenzas que suelen ser) o las propias secuencias vitales que la tradición machista trae en sus nudillos.

Hay entre todos, dos relatos que me gustaría resaltar “La pamelita azul” y “Ensalada de tomates”; en el primero se narra la historia de la mujer postergada, ignorada. El hombre jamás la maltrata —ni con golpes ni con palabras—, pero, salvo para las tareas ordinarias de la casa, ella no existe. Cada año, en las vacaciones de verano, él organiza un viaje a la playa y en vez de con ella se hace rodear de sus parientes: esta vez ella se ilusiona, pues por varios motivos ninguno de los parientes del marido podrá ir. Pide una pamelita a la vecina, compra cremas para la piel, se llena de sueños la cabeza y se echa a esperar por su oportuni-

dad. El hombre llega... y sin gritarle... sin pegarle un piñazo en un ojo, más bien hablándole con ternura le explica:

—Mami, mira a quiénes te traje. ¿Te acuerdas de mis amigos del trabajo? Sí, esos mismos: Pepe, Luis y Sonia; los pobres, este año no tienen adonde ir y como mis padres y mis sobrinas no van, los invité. Como es lógico, la reservación es para cuatro y tú no cabes, pero yo sé que no te importa... Ah, y se van a quedar el fin de semana; ve haciendo la comida, nosotros vamos a prepararlo todo, ahora salgo corriendo a buscar la cerveza y a pedirle la atarraya a Armando para poderte traer los pescados que tan bien preparas. ¿Ya cobraste las vacaciones? Hace falta que me des el dinero, ellos están escasos y como yo soy el que invita...

Se despide con un beso y se va alegre, retozando con Sonia, la compañera de trabajo.

Después de leer y releer este fragmento me resulta menos violento el pescozón arquetípico.

El ninguneo es más cruel cuando quien lo comete es inconsciente de estar ninguneando, porque en ello va el soporte de los peores rasgos de la tradición patriarcal. La mujer convertida en un mueble que se limpia, que se pule, que se trata con mimo y cariño, porque sirve para darnos placer y ayuda, no para merecer más que el agradecimiento del hombre.

El cuento “Ensalada de tomate” es otra joyita de la violencia que se da desde el mismo montaje técnico del cuento concebido a partir de mudas espaciales centelleantes, que no permiten

al lector acomodarse en ninguno de los dos escenarios. En uno, la mujer prepara la ensalada mientras vigila al marido que tiene la manía de “pellizcar” la comida con las manos embarradas de la grasa con la que le da mantenimiento a su motocicleta. En el otro escenario, el ginecólogo le realiza un examen, pues lleva días con flujos y dolores pélvicos.

Si no fuera por el desenlace trágico y el verdadero *mensaje* del cuento podría parecer graciosa, hasta cómica, la lucha sorda que se establece entre los dos delante de los calderos: él tratando de meter las manos y ella evitando que los alimentos se contaminen con la grasa de la motocicleta, pero más gracioso podría resultar —qué acontecimiento trágico no tiene su parte cómica— cuando el médico descubre qué le provoca los dolores:

Me subo a la mesa de la consulta, desabotono la falda y lo dejo hacer.

-Ay, mujeres, se dejan tocar con las manos sucias y después vienen a que yo las cure —me dice con pena.

Indignación, vergüenza, humillación.

Con los pies en los estribos de la mesa, el médico hurga dolorosamente en mi interior

—¿Su esposo anda en moto? —pregunta y con las pinzas saca algo negro y viscoso.

Se lo lleva sin repulsión a la nariz.

—¡Lo que me temía: grasa de pedal! Señora, cuídese...

Cualquier *sonso* podría pensar que esta —como las demás mujeres del libro— es una débil, una guanajona... y casi podríamos darle la razón si no conociéramos qué procesos psicológicos tienen que suceder para que alguien se convierta en un siervo, en un mierdepollo, en un tareco, que en lenguaje menos coloquial también se nombra: víctima. ●

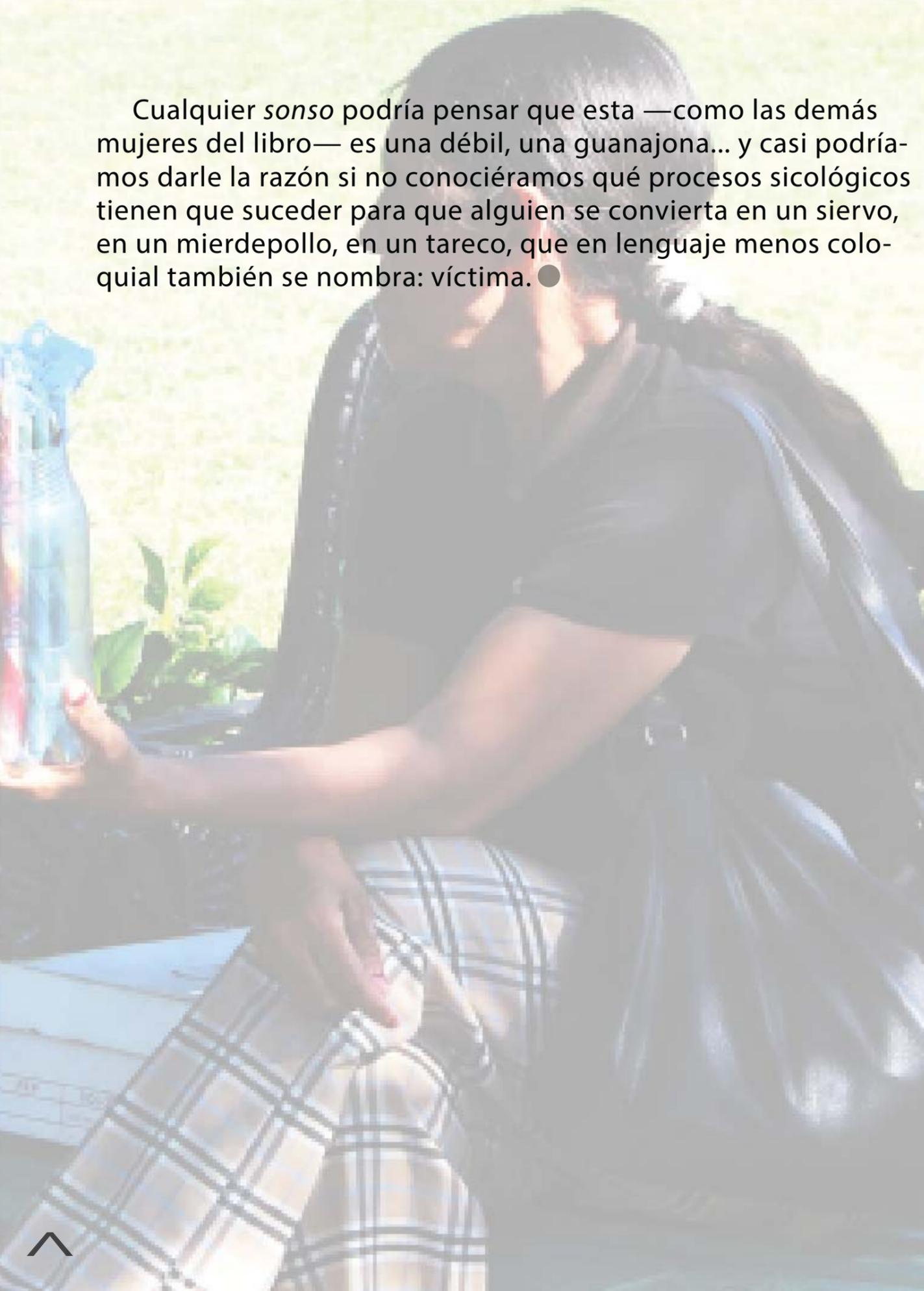


Foto: Francis Sánchez

RRAÍZ AL COEILLO



Foto: Francis Sánchez

PARÁBOLA PARA ELÍAS CANETTI

JOSÉ PRATS SARIOL

(La Habana, 1946). Poeta, ensayista, narrador y profesor universitario. Graduado de Lengua y Literaturas Hispánicas (Universidad de La Habana, 1970). En su rica bibliografía sobresalen los títulos de narrativa: *Mariel* (1997, 1999), *Guanago Gay* (2001) y *Las penas de la joven Lila* (2004). Autor de libros de crítica como *Estudios sobre poesía cubana* (1988) y *Criticar al crítico* (1983). Junto con un grupo de críticos literarios preparó, en 1988, la edición de *Paradiso* para la Unesco. Ha ofrecido conferencias en universidades y centros culturales en diversas partes del mundo. Fue huésped becado de la Casa del Escritor de Puebla, México, durante dos años, en donde coadyuvó en la preparación de escritores noveles, creó la revista *Instantes*, bajo los auspicios de la Universidad de las Américas y colaboró en varias publicaciones literarias locales. Ha publicado el libro de ensayos *Lezama Lima o el azar concurrente* (Ed. Confluencias, España, 2011).

Suelo leer varios libros a la vez. La afición es bastante común. En mi caso concierta azarosamente los volúmenes, aunque trato de que pertenezcan a distintos géneros literarios. Nunca dos de poesía o dos de ensayo o dos novelas; aunque generalmente tengo tres o cuatro al retortero. Sin que nunca falte uno de poemas, lectura esta última que dejo para la cama, pero ahora sólo de poetas reconocidos. Porque los que desconozco sólo los descubro de mañana, ya que en ocasiones me premiaron con pesadillas tenebrosas, hasta despertar con la angustiada certeza de que el autor me acorralaba para leerme otro fajo de lo que llamaba —suspirando— poemas.

Justifico la costumbre bajo el pretexto de que recrudece la amabilidad, pero no estoy seguro. La incertidumbre —magia contra las vagancias de la certeza— me impide recomendar la manía combinatoria. Aquella vez la coincidencia fue entre ensayo y biografía: *Masa y Poder* de Elías Canetti y *César* de Gerard Walter.

Masa y poder la había leído en dos ocasiones porque me abrió los ojos ante las ideologías cerradas de la modernidad, hasta convertirme para siempre en un admirador del genial escritor de origen sefardí Atesoro sus primeras ediciones en español, dicha que debemos a Mario Muchnik, editor entre editores, hasta sus aforismos y memorias; aunque hoy disfrutamos de sus *Obra Completa* en la Editorial Debolsillo, hasta el séptimo tomo.

Y *César*, apasionante biografía muy inglesa que sabe esconder años de investigaciones, donde se muestra una erudición pudorosa hasta el silencio, sin los exhibicionismos que suelen lastrar a ciertos historiadores y ensayistas, casi siempre franceses. Gerard Walter narra como un buen novelista, hasta con técnicas de cabo suelto.

Fueron días felices. El bisturí sociológico de Canetti me ayudaba a ver en Julio César la encarnación del poder omnímodo y los elementos que conformaban su carisma, siempre dueño de cualquier

situación y astuto artífice de manipulaciones. Rasgos perfectamente válidos para otros césares de cualquier época o latitud.

Leía las aventuras de César y las estratificaciones de su corte desde Canetti, incluyendo chismes, zancadillas, conspiraciones, trampas, triquiñuelas, crímenes... Exenta de inferencias conclusivas o de opiniones del autor, la biografía del emperador romano me brindaba situaciones que ilustraban la obra cumbre del ensayista que optara por expresarse en alemán, lengua desde la que obtiene el Nobel de Literatura en 1981, sobre todo por *Masa y poder*.

Mi costumbre de anotar citas, síntesis y comentarios de aquellos libros que me parecen relevantes, fue aquí también una libreta de apuntes, fechada en 1988. En 2005 la estuve revisando. Y ocurrió otra rara coincidencia. En esos días estudiaba la maravilla intemporal del llamado presente histórico en lengua española, para una clase de retórica literaria que impartiría a los alumnos de la Maestría en Letras de la Universidad Iberoamericana de Puebla de los Ángeles. El reto estilístico de escribir una historia con secuencias temporales sucesivas, pero sólo con verbos conjugados en presente histórico —aparte de infinitivos, participios y gerundios— se unió entonces a la intemporalidad de la relación entre las masas y los poderes, donde poco ha cambiado durante milenios; apenas los armamentos y vituallas, nunca los gritos de rabia y dolor, las órdenes y jerarquías, las manipulaciones del Poder... Ahora —2015— vuelvo a los apuntes y a la primera versión de la parábola convencido de que Elías Canetti, a diferencia de muchos ensayistas famosos del pasado siglo —de J.P. Sartre a G. Lukács, de J. C. Mariátegui a A. Ponce...—, sigue suscitando diálogos y reflexiones no arqueológicos, no para completar panoramas y fichas. La titulé “Por sí o por no”. Ruego la lean como un homenaje a Elías Canetti, que tuve el privilegio de conocer una tarde en Zürich gracias a mi amigo Martin Lienhard. Pero sobre todo como una polémica parábola cubana:



POR SÍ O POR NO

Los ejércitos se vigilan recíprocamente. Hace una semana que la cercanía presagia el combate. Pero las legiones romanas no pueden atravesar el Allier porque los bitúrigos cortan presurosamente los puentes, sin dar tiempo al avance. Vercingetórige, jefe de los bitúrigos, impide así el acceso imperial a Gercovia, su capital.

César prosigue la marcha a lo largo de la ribera derecha y Vercingetórige por la izquierda, sin perderse de vista. Los romanos se remontan en busca de un sitio por donde vadear el Allier. Pero aún transcurre mayo, y hasta septiembre las aguas no ceden. Pronto César encuentra una estratagema. Tras arribar a uno de los puentes destruidos por la tropa de Vercingetórige, deja atrás dos de sus legiones, bien ocultas en el bosque aledaño, mientras el grueso de sus fuerzas continúa bordeando el Allier, dispuesto de modo que llena los vacíos causados por la ausencia de las veinte cohortes.

Vercingetórige prosigue por su ribera, sin sospechar el ardid. César permanece junto a las dos legiones ocultas. En cuanto media una jornada de marcha, hace salir a sus legionarios del bosque y les ordena reconstruir de inmediato el puente. Los centuriones preparan la labor. Rápidamente la tropa abandona los cascos, escudos y espadas, y los sustituye por las herramientas de pontoneros. La obra se termina en menos de doce horas. Al amanecer forman filas y pasan en orden de marcha a la orilla opuesta del río. Las otras legiones regresan presurosas. Mientras tanto Vercingetórige tiene la desagradable sorpresa de saber a la vanguardia de César en su propia tierra.

A unos kilómetros de Alesia, frente a frente, acampan los dos ejércitos. Los convoyes de subsistencias y vituallas arriban a las retaguardias. Las infanterías no cavan, saben que la batalla a campo raso hace

inútil las trincheras, saben que al amanecer es la lucha. Galos y romanos afilan las lanzas, tensan los arcos, preparan las municiones para las hondas, prueban el filo de espadas y cuchillos, revisan los arreos... La cena es opípara, como corresponde a la víspera de un encuentro donde la sangre y la muerte más bien son una opaca metáfora de la realidad. No se reparte alcohol, pero en algunas casamatas violan la disposición con tintos gruesos y aguardientes de uvas y melocotones.

La noche envuelve con lentitud el vasto páramo, como un inmenso clamor que aún es silencio y odio sobre las colinas donde descansan los enemigos. Todavía de noche, los estados mayores reciben detalles de las instrucciones. En las tiendas de César y Vercingetórige hierve el desasosiego. La superioridad numérica de los galos la compensa el disciplinado fluir incommovible de las cohortes romanas. El arrojo y la fiereza galos tienen su contrapartida en la estrategia de pinzas con que estrangulan las legiones itálicas. Nada está decidido. Al dominio de la región que favorece al ejército de la Galia, los latinos oponen la suspicacia de sus espías y la escrutadora vista de sus centuriones. Vuelan las conjeturas en ambas tiendas cuando los primeros chispazos amarillentos esbozan el amanecer. El severo plan estratégico de los legionarios, apoyado por su continuo fogueo, nunca se arredra ante presencia alguna, pero las formidables masas de guerreros galos parecen incontenibles. Suenan voces de mando. La conflagración se avecina.

La capa escarlata de César cubre sus hombros. Vercingetórige ultima las ofrendas delante de su adivino. Los dioses reciben las invocaciones y promesas. El augurio es impreciso. Antes de abandonar la tienda, Sabino le comunica algo a César, en un susurro rápido. César mueve la cabeza como si desaprobara la previsión de su lugarteniente, pero no revoca el mandato. Vercingetórige llama aparte a su primo Vercasivelauno. Le da en voz baja una orden.

Los dos jefes, casi a la misma hora, salen de las tiendas. Frente a ellas se alinean los estados mayores. Las palabras de César adquieren un peso vigoroso. Resume el plan de batalla con exacta precisión. Recuerda otras victorias, recuerda a Roma y sus arcos de triunfo. Refiere su origen divino y cómo están en Delfos las tablillas donde se inscribe su dominio sobre la Galia. Alienta a la resolución y a la más estricta disciplina, sin violar un ápice el proyecto militar. Arenga finalmente, dejando la medida inicial como el prólogo a la intensidad enconada de su fe en la victoria. Mira a su derecha, donde está el ujier de las vituallas, y en el mismo tono de voz, como si fuese la coda del exordio, manda a preparar un banquete fastuoso para la celebración de la victoria.

Vercingetórige también habla a sus oficiales. Insulta a los romanos con gruesos epítetos. Exalta la fiereza combativa de su tropa. También hace un resumen, también menciona la protección divina. Habla de sus conquistas entre los pueblos galos, del botín que los romanos le arrebatan palmo a palmo desde la llegada de César. Exhorta a no dejar sobrevivientes, a que la piedad no dé sombra al triunfo para que allende los Alpes cunda el temor hacia su nombre. En la tienda de su enemigo tienen la meta para los festejos inacabables de la noche.

César mide el páramo. Vercingetórige se abalanza hacia su caballo. De ambos lados, como es usual, la caballería abre las hostilidades. El ataque de las legiones es una combinación frontal para dispersar a la infantería gala. Las primeras seis horas no ofrecen aún resultados concretos. El empuje de las hordas contra el punto más débil de César, en el Monte Rea, recibe el refuerzo de sesenta mil hombres. Los accesos caen en poder de los galos. Al mismo tiempo, ocho mil soldados de caballería invaden la llanura aledaña, en un intento por cercenar el cuadro de legiones. Las tropas concentradas en el ala derecha observan el nuevo giro de las acciones sin perder la fiereza.

César tiene que hacer frente a varios ataques simultáneos. Desde su puesto de observación envía refuerzos a los sectores amenazados, sacando hombres de los puntos donde la situación parece estable, sin comprometer las reservas. Al mediodía ninguna unidad está ociosa. Las defensas intercambiables le permiten a los romanos sostener el asedio, pero exigen prodigios de resistencia física a las cohortes, de férrea disciplina.

El flanco derecho de César permanece estable desde los inicios. Ahora envía las legiones de reserva hacia la zona, mientras exige a los combatientes del Monte Rea un esfuerzo supremo. Vercingetórige percibe el movimiento envolvente que se aproxima. Trata de desviar soldados hacia el área en peligro, aunque el acceso a los lugartenientes lo vedan sus propias masas de soldados. César, embriagado por la batalla, acude al flanco derecho, deja flotar al viento la capa escarlata, con su espada muestra el camino a la caballería que lo sigue llena de ánimo.

Cuando los legionarios distinguen a su jefe, arrojan las azagayas y empuñan las espadas, cargan rabiosos sobre la desordenada tropa de los galos. La resistencia se rompe. El avance llega casi a la retaguardia derecha de Vercingetórige. César retorna a la colina de observación. Desde allí ordena a su más temible fuerza de choque, la caballería de mercenarios germanos, que se desplace al centro. Está casi fresca en el flanco izquierdo, sin lanzarse a nada comprometedor, y ahora avanza rauda, rompe las masas compactas de la infantería gala. La carnicería es total. Pronto los galos, acosados por el frente y por el flanco derecho, intentan un repliegue. César, expectante, ordena la persecución.

La desbandada colma los gritos trepidantes de las cohortes que avanzan, que muelen al enemigo. La fuga favorece la aniquilación. César comienza a recibir las insignias. Se siente invulnerable, se ve en-

trando a Gercovia. Es el único, el más fuerte. La supervivencia de sus legiones en el páramo es una alabanza a su poder divino. Pregunta por Vercingetóriges. No aparece entre los muertos o heridos. Ordena un nuevo rastreo. La noche cae presurosa y se sospecha que el jefe enemigo se encuentra tras las murallas de Alesia.

Antes de presidir el banquete, César reconstruye la huida, supone con razón una orden de Vercingetóriges previendo un escape seguro hacia Alesia, propiciando en caso de derrota un corredor indemne a la sañosa persecución romana.

No sabe César que tal orden imparte Vercingetóriges a su primo Vercasivelauno cuando sale a reunirse con sus oficiales. Tampoco recuerda ahora que su lugarteniente Sabino, antes de abandonar la tienda para el combate, le susurra que doscientos jinetes quedan al pie de la colina, listos a protegerlo si el desenlace no es propicio, listos a garantizar que su jefe cruce indemne el Allier. ●

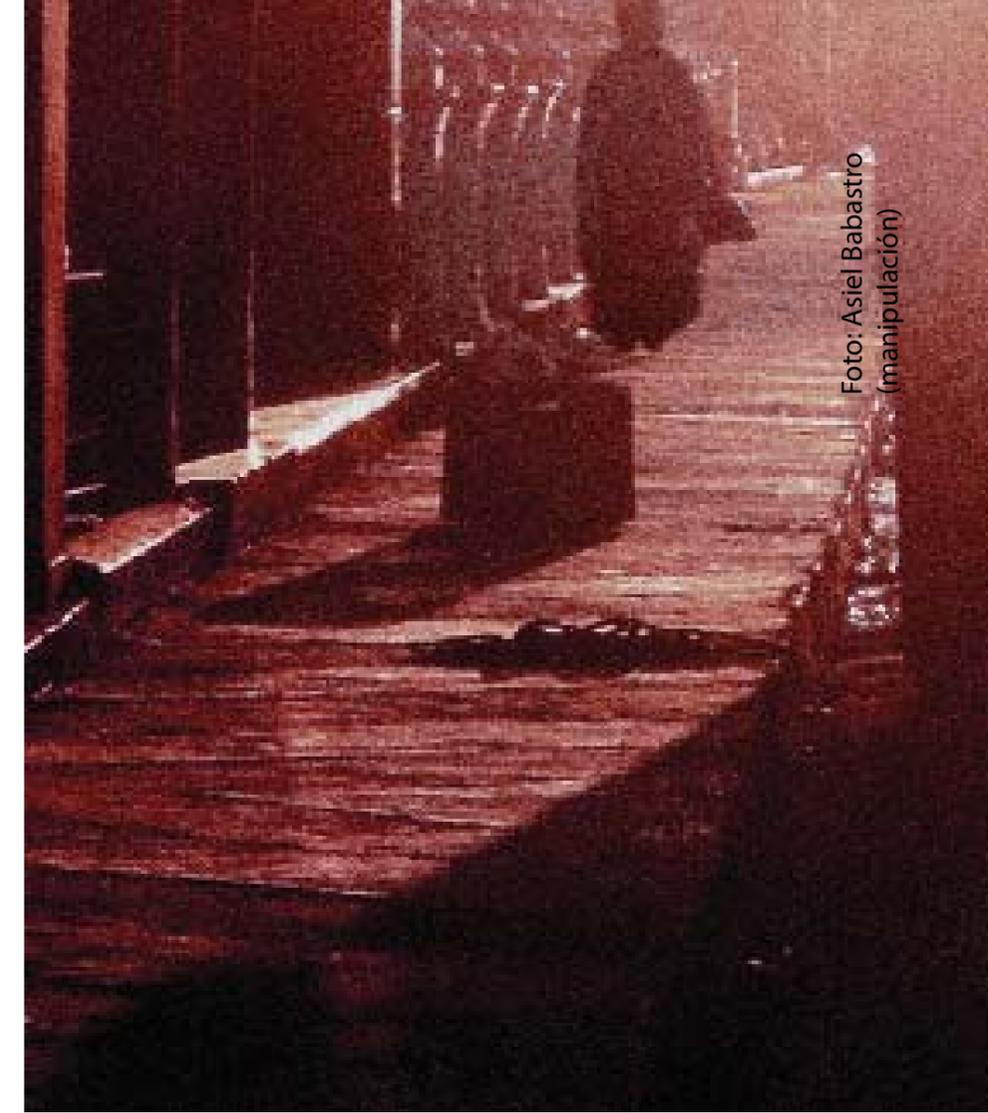
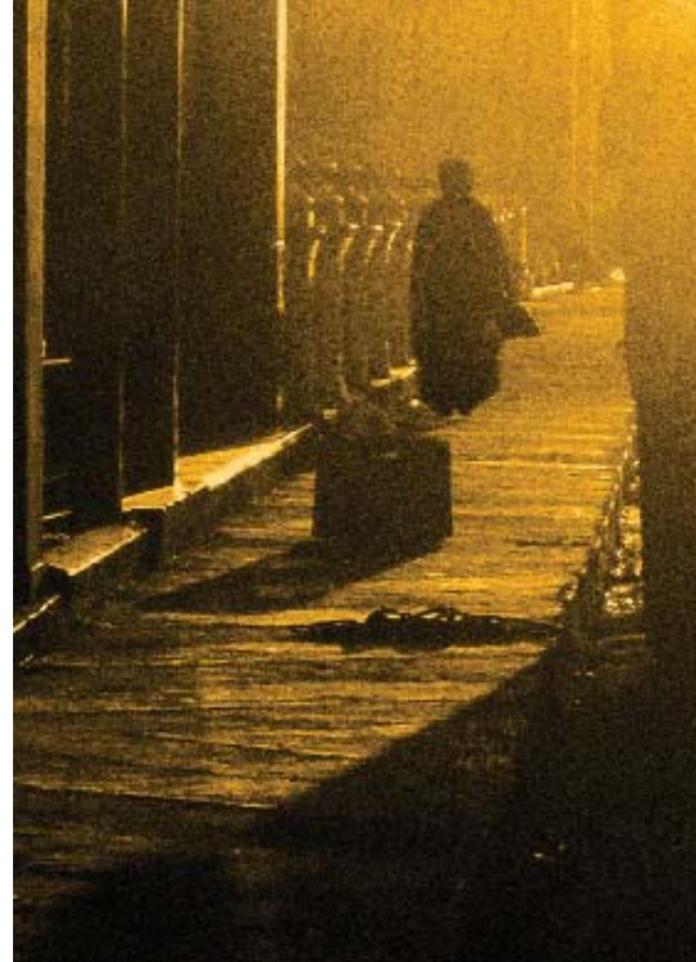


Foto: Asiel Babastro (manipulación)



CUATRO ESCRITORAS CUBANAS SE VAN AL PARAÍSO

CARLOS ESQUIVEL

(Colombia, Las Tunas, Cuba, 1968). Poeta y narrador. Ha ganado varios premios nacionales e internacionales. Textos suyos aparecen en revistas y antologías de varios países. Es autor, entre otros títulos, de los libros *Perrros ladrándole a Dios* (poesía, 1999), *Tren de Oriente* (México, poesía, 2001), *Los animales del cuerpo* (cuento, 2001), *La isla imposible y otras mujeres* (cuento, 2002), *El boulevard de los Capuchinos* (poesía, 2003), *Matando a los pieles rojas* (poesía, 2008), *Los hijos del kamikaze* (poesía, 2008), *Cuartheaduras* (poesía, 2013) y *Once* (poesía, 2014).

Nicolasa Guillén, Virgilia Piñera, Regina Pedroso y Josefa Lezama Lima se van al paraíso por una semana, pero al llegar allí descubren que, en realidad, han ido a los pies de un destartalado hotel para escritores donde deben imaginarse que llegaron al paraíso.

Tendrán que pagar una enormidad por alojarse allí y entre los huéspedes que les acompañan están los infames escritores de tantos países que ellos siempre intuyeron como infamias de las letras. Se miraban asombradas, no podían renunciar, una semana se iría rápido en el paraíso, dijo Nicolasa, que era quien colgaba el cartel de yo mando aquí, hay que hacer aquello que yo estime prudente.

Nicolasa Guillén, Virgilia Piñera, Regina Pedroso y Josefa Lezama Lima se alojaron en destartaladas habitaciones y por la noche, después de una irrisoria cena, recibieron la invitación para una gala literaria donde debían zamparse las lecturas de varios de los infames escritores que les acompañaban.

Virgilia Piñera dijo que mejor bebería alguna copa en un bar cercano. Nicolasa no pudo impedírselo, también clamaba por un escape que debía zambullir dentro de su simulada oficialidad. Las otras pretendían demostrarle su fidelidad en toda circunstancia, y quedaron allí.

Y durmieron plácidamente mientras sus colegas leían poemas somníferos. Plácidamente no. Mientras ocurría la lectura, Nicolasa soñó que en una de las calles del paraíso se encontraba a un hombre que se dedicaba a comer libros de autores cubanos. Tienen un sabor horrible, le dijo el anciano que masticaba una novela recién publicada. Los que peor saben son los de Guillén, demasiado ríspidos, como si el condimento más artificial fuese el propio nombre del autor. Cuando Nicolasa intentó reprender al comedor de libros, asirle el cuello, despertó con sus manos en el cuello de un poeta de Costa Rica.



Foto: Asiel Babastro

Regina Pedroso soñó que se había suicidado seis veces. Sin éxito, o con éxito, según se mire. Suicidios estrambóticos. Uno de ellos consistía en vivir como un ciudadano normal en su país. Una voz desde el interior del sueño le rumoraba que este episodio onírico resultaba muy agotador, que ningún castigo se antojaba tan drástico como este. Despertó sobresaltada, creyendo que estaba en su casa, viviendo y muriendo el suicidio como la punición final de sus días. Después el alivio la atravesó por unos pocos segundos.

Josefa Lezama Lima sufría espantosas pesadillas, noche a noche. Por eso recelaba de esos límites casi incomprensibles entre el sueño y la realidad. Su ingenio le había hecho capaz de crear un punto intermedio. Saltaba de un lugar a otro con una impenitente autonomía. Lo que no podía controlar era el asunto referido al salto. Al momento del salto. Un momento que podía durar medio minuto o unas pocas horas. En ese momento ella no pertenecía a ninguno de los dos sitios. Buscaba con su ingenio la manera de penetrar esas redes pero le resultaba imposible. En el salto ella no era ella, no pertenecía a lugar alguno, no existía. Después entendió que era testigo y parte de una de las metáforas más sugestivas con que la muerte acorralaba a los sueños, y entendió que Freud, Borges, o cualquier otro, le envidiarían torrencialmente esas sensaciones que le gobernaban. Entonces sería preciso entender que Josefa no durmió ni estuvo despierta mientras acontecía la velada literaria. Estaba en un lugar llamado salto.

Virgilia llegaba tarde y al ver a sus amigas dormidas decidió, después de sentarse en una de las últimas sillas del teatro, echarse a los sueños como dócil dama penetrando en una dócil novela fantástica.

No tuvo sueños relevantes. Soñó, más bien, con flores. Flores espectrales y dormidas.

Cuatro escritoras cubanas se fueron al paraíso, pero el paraíso era demasiado parecido a lo que ellas no creían que fuera el paraíso. ●

CIUDAD DE FONDO

FRANCIS SÁNCHEZ

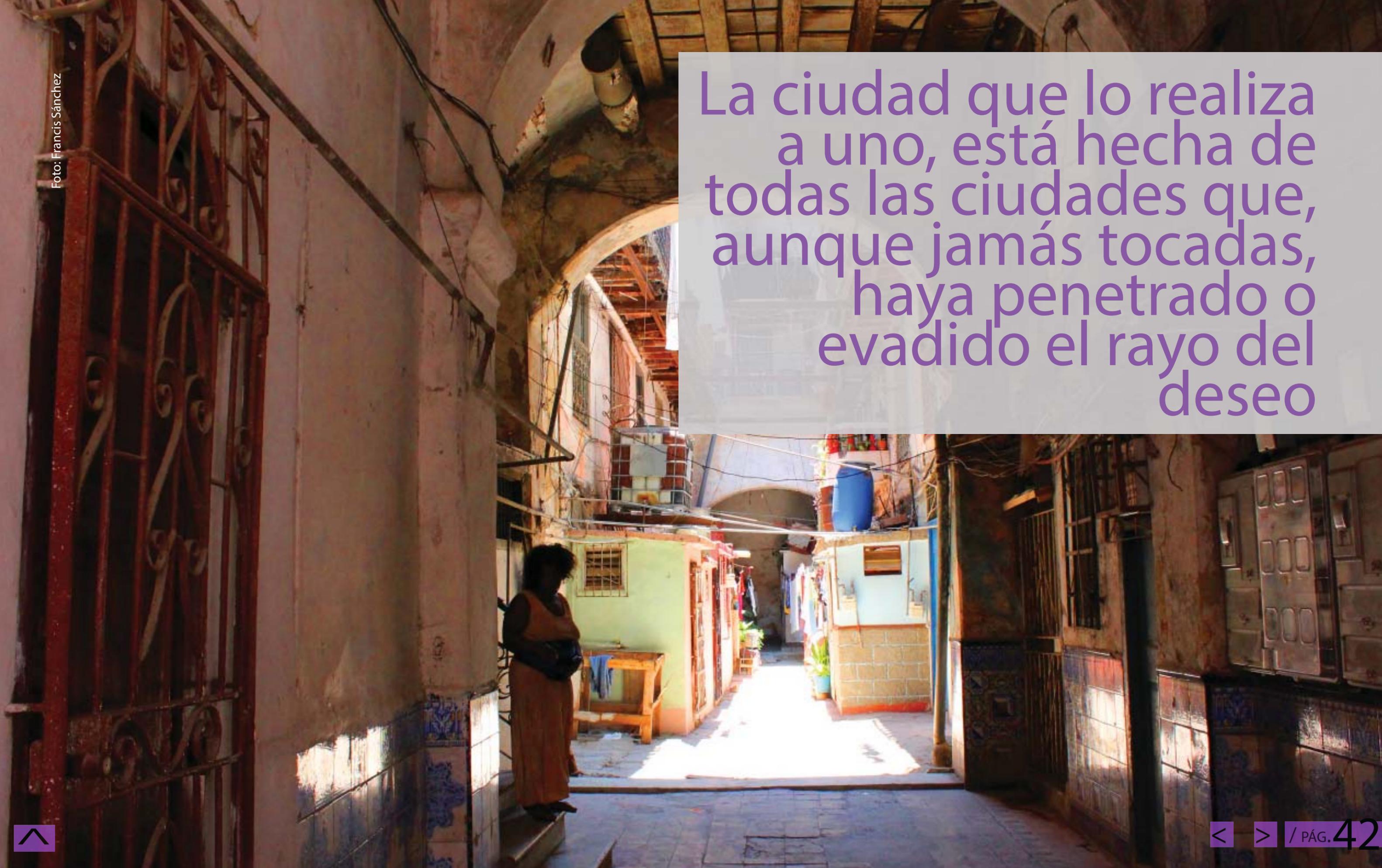
(Ceballos, Ciego de Ávila, Cuba, 1970). Perteneció a la UNEAC desde 1996 hasta su renuncia el 24 de enero de 2011. Fundador de la Unión Católica de Prensa de Cuba en 1996. Ha sido redactor fundador de la revista católica *Imago* (1996-2001) y Jefe de Redacción de la revista cultural *Videncia*. Dirige la revista independiente *Árbol Invertido*. Autor, entre otros, de los libros *Revelaciones atado al mástil* (1996), *El ángel discierne ante la futura estatua de David* (2000), *Música de trasfondo* (2001), *Luces de la ausencia mía* (Premio "Miguel de Cervantes de Armilla", España, 2001), *Dulce María Loynaz: La agonía de un mito* (Premio de Ensayo "Juan Marinello", 2001), *Reserva federal* (cuentos, 2002), *Cadena perfecta* (cuentos, premio "Cirilo Villaverde", 2004), *Extraño niño que dormía sobre un lobo* (poesía, 2006), *Caja negra* (poesía, 2006), *Epitafios de nadie* (poesía, 2008), *Dualidad de la penumbra* (ensayo, 2009) y *Liturgia de lo real* (ensayo, premio "Fernandina de Jagua", 2011).

En la antigüedad, los sueños repetidos tomaban, por su porfiada resolución autónoma, un sentido sagrado. No es un tipo de experiencia que yo conozca. Sin embargo, para mí, galeote alegre en el trabajo forzado de soñar sin rumbo fijo, tal discontinuidad no significa vacío insalvable si quiero constatar que mis sueños, aquellos más originales, quizás tanto como cualesquiera otras invenciones artísticas, también participan de contenido y función independientes. Ignoro lo que es volver a un sueño como a la página de un libro dejada a medio leer. Pero sí he vivido, allí dentro, y por más de una jornada, en la trama de una misma ciudad.

Recorro calles distintas, entro y salgo por puertas y ventanas de edificios nuevos, extraños, irreconocibles a la luz de mi memoria o de anteriores sueños, sin que nada de eso quite que me sienta dentro de un espacio familiar y genealógico. Por supuesto, me refiero a un fantasmal diseño urbano que no es, no quiere ser un simple calco de la aldea en que vivo o cualquier otra abominable repetición. Era un teatro a modo de circo medieval, fue una estación de trenes-peceras, ha sido una terraza en que conversaban Casal y Lezama, o una oscura zona portuaria con librerías y naranjos en vez de prostíbulos, pero me convenzo de que están en la misma ciudad, aunque comprenda que jamás podría atraparla de un vistazo: por más pequeña que ella sea, y por muchos años que yo viviese, aún quedarían siempre calles que nunca desandaría, rostros sin descubrir, zaguanes no hechos para mí, por lo que muchos sitios vividos se quedan —quiero creerlo— al doblar de una esquina.

La ciudad que lo realiza a uno, está hecha de todas las ciudades que, aunque jamás tocadas, haya penetrado o evadido el rayo del deseo, son entidades culturales y polinizan: La Habana en la que el campesino a veces quiere llegar a tiempo a la venta de un libro raro; Venecia, reflejo de rostros en el envés del agua; Sevilla, torre donde penan láminas de voces bajo llave; aquella ciudad reconstruida tras la guerra usando como referente los cuadros de un pintor; y los valles interminables pero techados donde llueve con la tristeza de Tarkovski.

La ciudad que lo realiza
a uno, está hecha de
todas las ciudades que,
aunque jamás tocadas,
haya penetrado o
evadido el rayo del
deseo



Es un hecho que la suma de días y noches que he vivido en la urbe de mis sueños no pertenece a la historia de la felicidad. Angustias predominan entre visitas o viajes. Trátese de problemas de gran calado —el sufrimiento escarba mejor y se impregna más—, sean torpezas del coleccionista al instante de tomar apurado algunas muestras de sus vivencias y trasladarlas al despertar, hacia donde un sol tropical chamusca y deforma... pero innegable es que conservo sobre todo pesadillas, alimañas. Ni tan externas ni tan inefables. Ni la *Politeia* con que Platón soñaba restituir equilibrio entre hombres y dioses. Ni *Metrópolis* (filme de 1927), casi el mismo sueño tenido por Fritz Lang seis años antes mientras su barco se aproximaba a Nueva York, una ciudad donde siempre era de noche porque los edificios ocultaban el sol.

Claro, no es una noción del bien o del mal lo que más debería interesarme. ¿Por qué mi alma, cuando el cuerpo se desconecta, cuando queda apta para hacerse errante como es dogma de los pueblos primitivos, escapando de mí —incluso de toda circunstancia equívoca—, necesita pasar por el sistema de medidas y señales de una ciudad? ¿Por qué la estoy fabricando siempre? ¿Por qué ese contrato que significa concordar todas las capacidades de perdernos el uno dentro del otro? Y, cuando creo que encuentro la salida, una vía de regreso a tiempo para despertar en unión armónica de cuerpo y alma, ¿por qué vivir para recordar, para hacer exégesis deficiente de moradas interiores como si se tratara de una máquina que podría sustituir no ya el arte secreto del albañil sino el mismo sueño físico, una Ciudad de las Nueve Puertas?

En la búsqueda de armonía, al participar del coro de actitudes, negociando conductas implícitas en esas formas y proporciones aparentemente inamovibles del espacio público, sería saludable optar siempre por aprendizajes recíprocos entre lo adentro y lo afuera, que la caza de signos asegure fugas, tímidos roces, estimulantes visiones.

Es el diálogo coral de la ciudad, soledades, paraísos perdidos. No desperdiciaba su tiempo el montañés Joe Slater, que pasaba buena parte de su vida durmiendo, si cuando despertaba hablaba por un rato en el idioma de un frenesí casi inhumano, aunque poco después olvidase todo lo que había dicho, ni habría experimentado ninguna cómoda y antisocial ausencia de la sociedad durante sus aislamientos, ni chato era su piso añadido a la babélica ambición de toda villa por apropiarse aquella geometría inefable de la Jerusalén Celeste, incluso aunque el mismo Joe, el pobre, fuese sólo una invención de Lovecraft.

La visión de lo(s) otro(s) como infierno, podría engañar con la ilusión de una vía externa de purificación interior, en todo caso inevitable. La ciudad o vía íntima, de la que soy ciudadano con más sentido que aquella aparentemente real en la que me aguardan mi mujer y mis hijos de carne y hueso, es al mismo tiempo entrada y salida de mi corazón, mi voluntad actuando en lo desconocido. Lo que disfruto además de soñarla o vivirla, no es traerla a cuento, sino poder regresar a ella sin previas capitulaciones, sin trámites entre ganancias o pérdidas, llenarnos mutuamente y comprobar que me justifica y la afirmo. ¿Qué leyes naturales o qué necesidades llevan a una persona a construir sobre el vacío del sueño, levantar y sostener una ciudad? No la busco y no me espera, porque siempre soñamos algo más que lo que se puede colegir o prever de lo vivido. Su *estar ahí*, significa el estado de una presencia sagrada, indistinta, mensajes del altísimo donde no existen diferencias entre la interrogante y la respuesta. ●

SAFRONALES INVIERTIDOS



Foto: Francis Sánchez

POESÍA

FRANK CASTELL

(Las Tunas, Cuba, 1976). Poeta, narrador y dramaturgo. Licenciado en Español y Literatura. Miembro de la UNEAC. Egresado del segundo curso del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso, en el año 2000. Realiza la revista *Quijotes* de pensamiento cultural. Es director de programas de televisión en el telecentro Canal Azul, de Puerto Padre. Ha publicado los poemarios: *El suave ruido de las sombras* (Ed. Sanlope, 2000), *Confesiones a la eternidad* (Ed. Sanlope, 2002), *Corazón de Barco* (Ed. Letras Cubanas, 2006), *Final del Día* (Ed. Sanlope, 2012) y *Salmos Oscuros* (Ed. Oriente, 2013).

FRANK CASTELL RESPONDE (FRAGMENTOS DE DIFERENTES ENTREVISTAS):

“Desde que comencé a escribir lo he asumido con total libertad. Escribo lo que siento y padezco. Sé que por eso no gano premios ni soy de la gran escena que representa a Cuba ante el mundo. Cuando escribo lo hago por mí y por los que no pueden llevar a la página en blanco su vida. / Llevo diez años en este lugar [*Puerto Padre*] escribiendo como un desesperado náufrago, porque tengo un compromiso con el tiempo, y mi obra es testimonio de este país. En los pequeños pueblos de Cuba se viven intensas historias, conflictos más trascendentes que en La Habana o en cualquier otra ciudad. / La vida del escritor es solitaria. Eso no quiere decir que no tenga amigos, a quienes respeto y protejo. Pero un escritor es una piedra en un zapato porque su compromiso es con el futuro. / Trato de expresar un discurso lo más lejos posible de las modas que tanto daño hacen al espíritu. Por eso prefiero mantener distancia de las grandes concentraciones, de la poética estéril y oportunista. Mi preocupación es perder la capacidad de decir lo que pienso.”

FILOSOFÍA DEL INVISIBLE

Si yo pudiera convencerme
de que al final todo es en vano
no escribiría sobre la conciencia de los poderosos.
Ellos no me conocen,
y si me conocieran

no entenderían mis palabras.

El curso de la historia es inviolable
y el poeta es el ser más invisible.

Si yo pudiera convencerme de la realidad
no me jugara a diario la vida escribiendo.

LA FE

No tengo motivos para celebrar. Soy un esclavo de la literatura, que se traduce en miedo a ser un hombre oscuro. Mi capital consiste en un tomo de las obras completas de César Vallejo, algunas revistas y el raro don de exorcizar demonios.

A veces gano algún premio y los días se abren y puedo repartir entre los míos esas migajas. La realidad es cruda, pero no encuentro una razón para olvidarla. Es sonreír con las mejillas pisoteadas pensando siempre en la virtud. No soy de los que añoran banderitas y palabras nada comprensibles, salvo mi nombre de las bienaventuranzas y de los traidores, porque al final la calle me espera como al peor de los transeúntes.

Quien se marcha de una ciudad y escribe poemas difíciles no queda exento del olvido, ni de Dios. Por eso me arranco la piel y busco la libertad o el gozo de no doblar estas rodillas. De todas formas existe el mar y es suficiente.

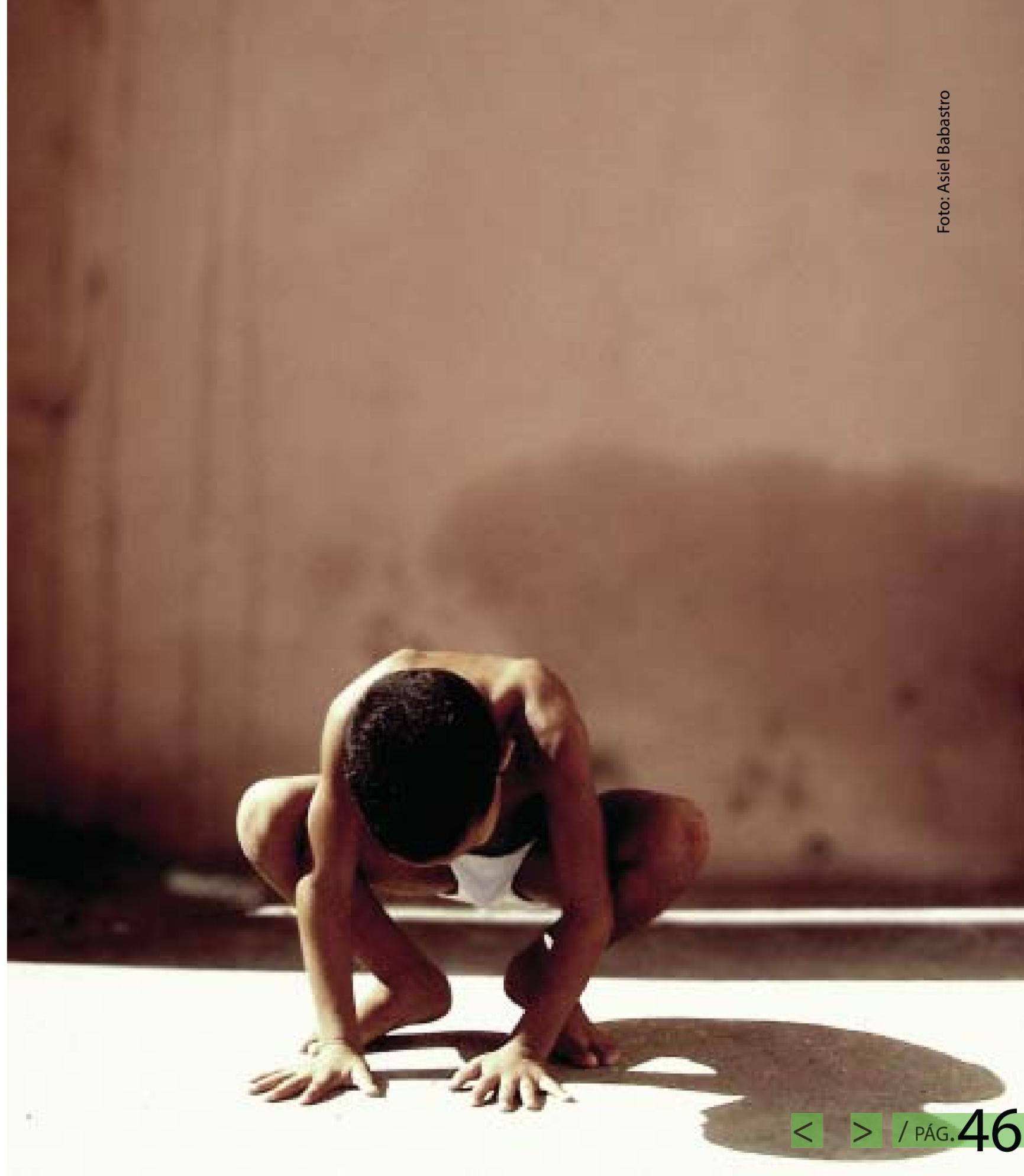


Foto: Asiel Babastro

BARRO SOBRE EL BARRO

El día sin el sonido de un verso. Es tan monótono habitar con animales pacíficos o tal vez pago la deuda de mi padre.

Miro el malecón desde lejos y doblo a la derecha para arrancarme lo que sobra. Solo con mi patria auestas y el cielo atravesado en mi pupila.

El día en blanco o en negro, da lo mismo. Puede que el espejo engañe al transeúnte y su bolsillo incierto. Pero mi ritmo es diferente y la patria duele sobre mi espalda.

Miro las señales, manotazos en el rostro que ignoran quién soy. Miro la secuencia y siento la vida arder.

La patria va sobre mí. Pero no sabe que existo.

RESIDUOS ÍNTIMOS

El aire sobre mi cabeza,
los versos que perdí,
los tragos en un bar,
la suerte de escribir el fuego,
o atravesar los límites
me dejan solo
entre el absurdo y Dios.

LA SUERTE DEL OLVIDO

Mi padre fundó los altos sueños.
Entró a La Habana
cuando La Habana era imposible.
Nadie le advirtió sus calles duras,
el viento inevitable
y la mirada poco neutra del Che.
Eran tiempos difíciles
—según la prensa—,
tiempos de cervezas baratas
y corazones limpios y distantes.
Mi padre se quedó sobre la cuerda floja
y los disparos.
Quién mejor que él
para fundar los altos sueños
y descubrir los ojos de una vida remota
remota,
tristemente remota.

Los ojos de mi padre
son dos faroles olvidados,
fantasmas de la felicidad
que ya me desconocen.



Foto: Asiel Babastro

“Quiero sentir el aire
como una procesión de luces.

Quiero ver a La Habana”,
dice,
en el camastro de los que van a morir.
Antes, mi mundo eran las fotos
en cualquier sitio de La Habana.
Recuerdo mi niñez,
el pálido dibujo
y la quietud,
la eterna quietud de su rostro.

Mi padre, que fundó los altos sueños,
y conoció a ministros
y pudo hablar con el Che en el 61
y se guardó dos balas en su brazo izquierdo
cuando el Escambray,
ahora se muere solo y pobre
mientras la vida cruza la calle
como un perro.

HEREDIA Y YO

Yo también he sido un desterrado.
No me convida nada,
ni las perdidas olas
ni las sirenas que vuelven y desnudan
la sombra de tantos peregrinos.

No puedo ser la imagen
que en silencio se compadece
del dolor ajeno.

No soporto más
este letargo.

Miro mis ojos pobrísimos
dormirse mientras las calles
permanecen vacías.

Tú dejaste el odio
cuando elegiste ser el Niágara infinito,
cuando en las tierras,
extrañas como luces,
sentiste que Dios

borraba tu silencio.

Sólo me duele ver
las aves que se marchan,

el cielo gris
y un mar distante que nos une.

Es duro que nadie nos comprenda
y seamos dos hombres
vencidos por la soledad.

Es duro esgrimir un arma
cuando la fe

es una patria sin retorno,
cuando las voces

no nos buscan
y el salitre

tiende a confundirnos.

Nunca esperé los pájaros,
nunca puse mis sueños

en un cristal de ausencias.

Por eso estoy de espaldas a la isla
con el orgullo ciego de un rapsoda

que espera ser el mar
que nunca vuelve.

AGUJEROS

Para Ray y Margarita

Hace calor y Puerto Padre
es un punto que recuerda
mi condición de forastero.
Podría mentir hasta dejar los ojos
cansados o ausentes
en cualquier parque
donde exista un país.
Ya todo es posible,
hasta escribir poemas
citando a Borges o a Kavafis
pero sería absurdo.
Debajo de mí hay una calle triste,
la sueño y me nombra,
la olvido y me sueña,

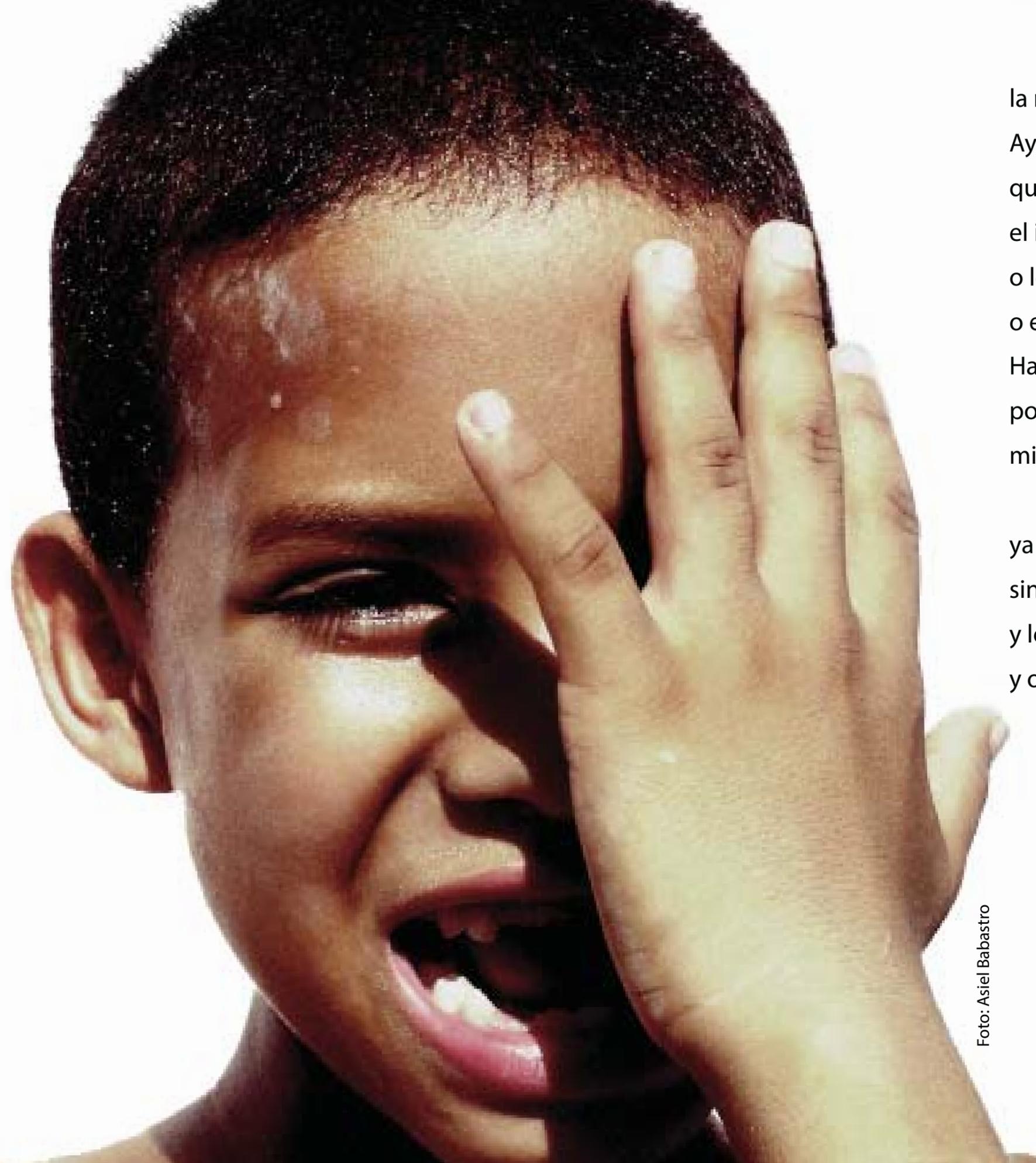


Foto: Asiel Babastro

la nombro y me olvida.
Ay, qué lento avanzo,
qué frío suele ser
el interior de una mirada,
o los dibujos sangrados,
o esta locura.
Hace calor y Puerto Padre
pone ante mí un espejo
mientras el árbol

ya no quiere ser árbol
sino puente
y los niños pasan
y otra vez soy invisible.

POESÍA

JOSÉ KOZER

(La Habana, 1940). Poeta, traductor literario y profesor universitario. De padres judíos de Europa Central, creció en Cuba, donde alcanzó a estudiar un año en la Universidad de La Habana, pero después de la revolución emigró a Estados Unidos. Hizo una maestría y un doctorado en literatura luso-brasileña y codirigió la revista *Enlace* (Nueva York, 1984-1985). Fue uno de los editores de *Medusario: Muestra de la poesía latinoamericana* (Fondo de Cultura Económica, México, 1996). Profesor de literatura hispana en el Queens College de Nueva York (1967-1997). Ha publicado medio centenar de libros, la gran mayoría de poesía. Se considera un grafómano: el 25 de mayo de 2007 tenía ya escritos 6 mil 786 poemas. Recibió en 2013 el Premio Iberoamericano de Poesía "Pablo Neruda" por la obra de toda su vida.

BIOGRAFÍA LITERARIA

Fanerógamas amo, la galladura del huevo,
la farfolla que alimenta
la yegua, amo la bizna
y la fárfara, he aquí
unas palabras que
amo.

Amo caminar, médanos y bosques, una
encina cuajada, un
frutecido nogal: y el
suelo cubierto de
agujas y piñones ah
noble pino piñonero,
fuiste y serás
bodhisatva.

Las manchas de la piel me son indiferentes,
detesto no obstante
tener que corregir a

diario, nada más brutal
que la estitiquez. Amo
la palabra estitiquez,
fuente de risa, la
imagino fungir como
verbo y río todavía
más.

A la bartola, bajo una mental encina echarme
a imaginar piaras
literarias, ver llegar
a follar porquerizo
con maritornes, y
que corra la leche
con sus sinónimos
numerosos.

Bizma fue en Cervantes, biznaga se la oí en
México a Guillermo
Sheridan, paluchero
a Baruj Salinas,
refunfuñar a mi

madre atribuida a
mi padre (no le faltó
razón) boludo a un
argentino que lo era.

A los dioses ambrosía, a las bestias de tiro
y carga maloja, vino
dulce a los curas,
vuelvan al Toboso
las tinajas del
Toboso, a mí
me dejen un
tiempo suficiente
para compulsar
de pe a pa un
diccionario de
cubanismos.



DEFENESTRACIÓN DE LA MUERTE

Goteo de Dios, por la vía de los doce cimientos de la Jerusalén Celeste, vía del Hades, vía ígnea de los sustratos del Orbe, gota a gota asciende, pétrea, basalto irrompible, luz fría, la Muerte.

Me desentiendo. Parecería todo lo contrario, mas tened por cierto que me desentiendo. Dos varas de muerte no es para prestarle demasiada atención: es lo que es, no tiene implicación, gota caída que no mueve rueda de molino, ludibrio en su ascenso a la mirada por un

momento empañada,
la muerte es una mosca
que espantamos de un
papirotazo, con un
pasagonzalo, ñinga,
bledo, se vaya a darle
la lata a un guardia: no
tiene cometido, quizás
un problema demográfico,
subterfugio de la
Naturaleza, se vaya
la muerte a freír
espárragos.

De risa si le pongo en su escaño un traspies a la
Envarada, se desploma
de medio lado, su
contubernio óseo se
fractura en mil pedazos,
más carne tiene la
yegua, más pestilencia
el cuero de la montura,

más número su brújula,
más arco abierto su
compás, más arena el
reloj, más metal la
guadaña al descarnado
hombro que su velada
mirada.

No
ve.

Puerta que se abre, Pandora rajada en canal que
se abre: suelta la muerte
su mondongo, visajes
(rictus) del muerto la
enfermedad (hincha)
quebranta la Muerte:
infecta, gacha,
trastabilla cojeando,
se aleja descabalgada
y muerta, penosa
descomposición de

la que sale pitando
el muerto, oídlo, oídlo
reír, en su blancura
cantar, vaciado de
especulación: Rey
perfumado, Reina
en las sienes tocada
de una gota de
cinamomo, gota de
Dios la muerte
descalabrada en

su
desarticulación.

NUPCIAL

El costurero de bambú se encuentra a medio
metro de la mesa redonda

del comedor con las cinco
gruesas patas torneadas
cuyo grosor se puede
medir juntando las dos
manos desmedidas
del comensal varón:
lo característico de la
escena consiste en
que del fondo del
costurero, entre

carretes
de
hilo,
un
dedal
de
plata,
dos

juegos de aguja de tejer, la orla de un mantel
sin terminar de bordar,

la desbandada de las
mujeres de casa, aroma
a salitre, a yodo, la
primera señal del
otoño esta mañana,
la primera nevada
visible en la distancia
de su poderosa
imaginación, él

coloca
la
fuente
de
peltre
sobre
la

mesa, y en el preciso instante en que el
ovalado metal de la
fuente o el vidrio de
los (cuatro) vasos se
posan inaudibles en

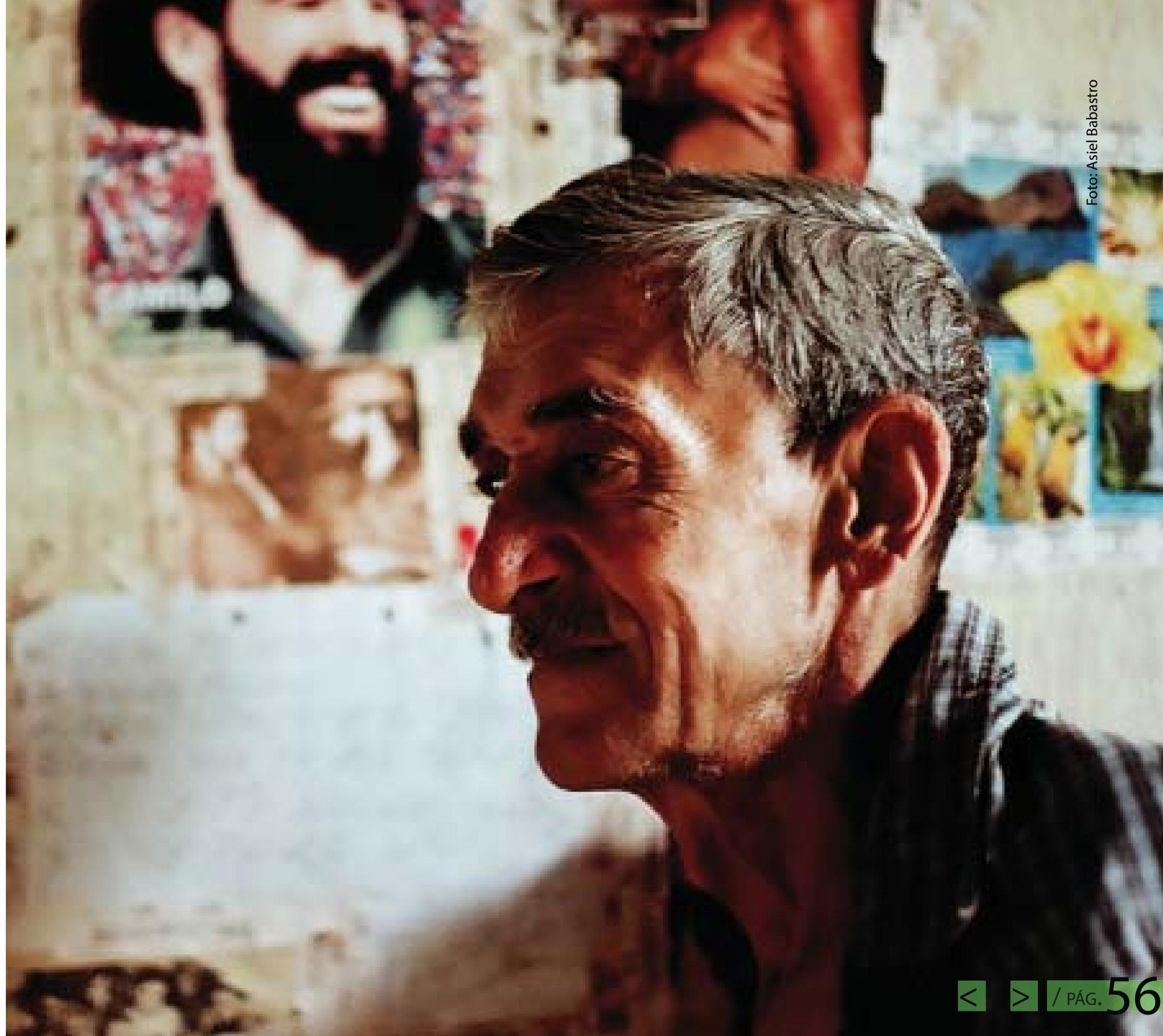


Foto: Asiel Babastro

la madera (roble, para
más información) y
en cuanto la fuente
contiene lo que
podríamos considerar
una noble cantidad de
pequeños lenguados
(un poco más grandes
que los que llaman
tapaculos en Andalucía)
los vasos llenos ora de
agua del tiempo, ora
de vino blanco, justo

en
ese
momento
(¿álgido?)
(bah,
no
exagerar)
recuerda
el

viaje
por
las
isla
Orcas
a

un par de horas de Seattle: o cuando al abrir
la tapa del costurero abrió
la tapa del tocadiscos a
fin de poner los amados
quintetos para piano de
Brahms, y qué decir del
quinteto para clarinete,
opus 115 ah el *andantino*,
justo en ese preciso
instante algo se zafa,
se desmorona, y siendo
todo en rededor siempre
bimembre ahora se
desmiembra, y ve, se
ve a sí mismo, la ve

llevar a las niñas a los
cuartos en alto, a la
pequeña en brazos, a
la mayor de la mano,
taparlas, darles las
buenas noches y en
la función de madre
a cada una por
separado acariciarle
frente cejas cerrarle
los párpados admirar
sus pestañas y
mofletes, y al
despedirse

besarles
las
sienes,
bajar
apoyada
a
la

baranda los once escalones que aún los
separan: llegar, sentarse,
bostezar, y en somnolencia,
cetáceos quietos, opacarse
su rostro oval, su cabellera
rubia, la luz crepuscular de
sus ojos (zarcos) iniciar
su recorrido hacia adentro,
y quedarse escuchando
de él unas proposiciones,
ciertos planes algo utópicos,
y hablar ahora (voces
entrecruzando) del futuro,
nada va a interferir con
esos planes puesto que
los dos son reyes, él

reina
y
rey
y

ella
rey
y
reina
y
abejorros,
avispas
andróginas,
dos
docenas
de
tubérculos
en
un
plato,
alcanzan
sin
duda
para
alimentar
a
toda

una
familia
campesina
de
japoneses,
época
de
pobreza,
finales
del
siglo
XIX,
tal
y
como
los
dos
a
un
mismo
tiempo
rememoran

que
ocurre
en
un
cuento
que
leyeron
a
finales
del
siglo
XX
en
versión
inglesa,
primero
él
lo
leyó,
luego
ella,
y

ahora
entre
bostezos
de
satisfacción
del
viernes
por
la
noche
creen
(están
casi
seguros)
recordar
que
se
trata
de
un
cuento
no

muy
extenso
de
cómo
se
llama
(¿Ryunosuke?)
Ryunosuke
Akutagawa,
verificar.

RETRATO DOBLE

Y
a condición de no sé qué me fueron concedidas
unas horas de sosiego,
en un escenario de papel
carbón, cartón piedra: y

a reinar, leñe, un par de
horas entre liendres y
hematomas, urea, la
sangre demasiado
espesa, oyendo el
tráfico traquetear por
la avenida, pistón,
tubo de escape, y una
final desconcentración
de las dendritas: del
protoplasma. Preludio,
y ser paramecio, noctiluca,
la cuerda zafada de un
violín de tercera con
que se ganó la vida
un viejo judío europeo
que de haber
reencarnación podría
ser mi padre.

Y
no: es condición que no hay traspaso ni

segundas, y por breve
esto parece ciencia
ficción. En hora de
sosiego me ausento,
bajo las persianas, oigo
que por fuera una mano
comprensiva cierra los
postigos (fueron verdes,
son cardenillo) me palpo,
ausculto, y no, estoy
perdiendo el tiempo,
pego un salto, albricias,
luz interior, dos buenas
zapatetas lo más alto
que pueda, y a solas
(debiera encuerarme)
bailo una gavota, ella
y yo, al frente los dos
y vuelta: hora jovial. Y
en casa gran animación.
Entró mi padre silbando
(imposible) en efecto, es

él y está silbando, qué
y qué, termina el año
(¿cuál?, ¿pero cuál?)
pasó balance y entre
dientes, tras besarme
la frente, me dice al
oído que el saldo fue
bueno: pan. Tarecos.
Viajar a La Florida en
agosto. Libros, luz.
Tendremos un jardín
con rosas de té
(¿nosotros, papá?)
tened fe, veréis, y
habrá capuchinas
y un árbol de lilas
blancas, verán. Y

bailo
de su brazo una giga cual si fuera mi padre y
fuera hembra mía:
visto pantalón negro

apretado y tengo un
bulto entre las piernas,
y él, es él, lleva falda
con dobladillo reforzado,
blumes de seda (estoy
seguro) cerquillo
enmarcándole media
frente, y yo lo bailo que
lo bailen que lo bailen
y yo lo canto sin tasa
ni medida, se ha muerto:
y desde esta tarde a la
hora del sosiego lo
corono con papel de
plata, lo entronizo
en silla de médula
desvencijada, él es
pobre, volvió hecho
tierra a su tierra,
indómito cuan
doblegado, no tiene
nada que contar, tiene

que bajar al sótano a
subir leña, un kilo de
papas, pronto empieza
a nevar ah la negra
nieve de Polonia, y
una vez más tener
que aguantar liendres,
paramecios, papel de
estraza y el cartón
piedra de la
huida.



RAMAS ADELANTRO



Foto: Francis Sánchez

YOEL MESA FALCÓN, UN POETA ENTRE EL ESPLENDOR Y EL CAOS

CLAUDIO LAHABA

(Pinar del Rio-Manzanillo, Cuba, 1970). Poeta y editor. Sus poemas han sido publicados en varias revistas. La revista literaria *Alforja* de México, en una compilación que hizo el poeta Yoel Mesa Falcón, publicó una selección de su poesía en la edición de abril de 1997. En los años 1995 y 2000 obtuvo el premio de poesía “Manuel Navarro Luna”, que convoca cada año El Centro de Promoción Literaria de la ciudad de Manzanillo, con sus poemarios “Tentación de la transparencia” y “Del silencio y otros corderos”, libros que nunca fueron publicados en su país por razones extraliterarias. Recientemente publicó sus libros de poesía de amor *Torpeza de Amante* y *Del Silencio y otros Corderos*, disponibles ambos por la librería virtual de Amazon. Fue miembro y creador del grupo independiente literario Da Capo, en su ciudad natal, en 1993. Radica en Estados Unidos, El Paso, Texas, desde el 2001. Fundador de la Editorial Black Diamond Editions.

La poesía de los primeros años de la Revolución cubana adoptó como materia poética lo circunstancial, el discurso oficial, lo populista-colloquial y panfletario. Esta desviación de lo esencialmente poético la mantuvo ajena a la elevación del pensamiento creativo y con un bajo nivel de sublimación. El orbe poético sufrió una metamorfosis que dejó a la poesía inválida y desprovista de todo el esplendor del lenguaje que la había distinguido.

Dentro de esos límites de aversión, odio, apatía, euforia y demolición de todo lo que pareciera contrario al establecimiento del sistema socialista o su interpretación, y en medio de la asfixia intelectual engendrada por la fobia y la ceguera político-ideológica de un proceso de cambios que se iniciaba, y que fue por tantos años falsamente sublimado —en medio de todo ese ruido histórico—, surgió la voz poética de Yoel Mesa Falcón (Manzanillo, Cuba, 1945-México, 2015), quien fue un renovador y un defensor de la poesía natural, y uno de los poetas más prolíficos de su generación.

La vida le otorgó a Yoel el don de la palabra en continuo brote. Nunca se afilió ni perteneció a las politizadas escuelas de los conocidos y obsoletos Talleres Literarios, ni a los grupos elitistas de la “secular cofradía” que lejos de ayudar al desarrollo de las capacidades y potencialidades creadoras, desfiguraron su esencia preestableciendo modelos de estilos preconcebidos, lo que condujo a los poetas a asumir una voz colectiva que los fue indefiniendo y restándoles sensibilidad creativa. Yoel se rebeló contra toda esa maquinaria antipoética y el precio fue el afecto de unos pocos y el olvido publicitario.

Visité su casa prácticamente a diario allá en Manzanillo, donde ambos vivíamos, y compartimos muchas veces en aquel recinto al cual nombré “la cueva de los murciélagos” por el aspecto abandonado de la casa, donde se percibía la falta de una mano femenina. Era una casa antigua en la que apenas había lugar para sentarse porque

todos los muebles de la sala estaban repletos de enormes carpetas empolvadas, llenas de notas, poesías y proyectos de libros que llegaban casi al techo. Todo eso cubierto de unas extensas telarañas que cubrían las antiguas lámparas colgantes.

Siendo yo muy joven pasaba las tardes leyendo y fumando en este único y extrañamente acogedor sitio. Allí se daban cita muchos jóvenes intelectuales y ese lugar se convirtió en el centro de tertulias literarias que se extendían hasta bien avanzada la noche.

La casa de Yoel siempre estuvo llena de intelectuales. Venían de todas partes. Allí conocí a Alfonso Quiñones, Manuel Vázquez Portal, Rafael Alcides, Luis Carlos Suárez y al siempre jocosos Julio Girona, entre otros que lo querían y admiraban. Con ellos asistí a inolvidables tertulias en su casa, en el Café 1906 o en la barra del derrumbado Hotel Inglaterra. El amanecer nos sorprendía siempre en el Parque Central leyendo buena poesía.

Yoel Mesa fue un visionario. Un hombre en extremo metódico, quien llevaba siempre consigo papel y lápiz y tomaba notas de todo cuanto concurría a su sagaz pensamiento. Amó la música clásica y la literatura. Sabía distinguir y descubrir poetas, y, sobre todo, fue siempre muy sincero y directo al emitir criterios. Esto último no agradaba mucho a quienes buscaban ser alabados o venerados por el maestro.

En lo personal le agradezco haber estimulado en mí el hábito de lectura y la pasión por la poesía. Me exhortó siempre a escribir. No voy a olvidar que en su vieja máquina de escribir Underwood preparó y editó mi primer cuaderno de poesía que obtuvo primera mención en un concurso.

Poeta de raíz genuina, fue siempre censurado y catalogado como “un tipo raro”, antisocial, quizás porque no pudieron hacerlo caminar en la misma dirección de la mayoría, ni cambiar su proyección ideoló-

gica, y también por su homosexualidad, la cual tuvo que cargar como pesada cruz y a la vez reprimir y disimular, dados los prejuicios sociales y morales de un tiempo lleno de odios y desafectos. Estas fueron razones de fuerza mayor que se esgrimieron contra él y por las cuales se le negó todo tipo de posibilidad de publicación y cargos administrativos, siendo relegado a la condición de “insignificante poeta de provincia”.

De ahí que toda su obra se mantuviera inédita hasta que obtuvo el importante premio de la UNEAC Julián del Casal en 1987, con su antológico libro *El día pródigo*. Este hecho le abrió las puertas y el reconocimiento en La Habana, a donde habían emigrado la mayoría de los intelectuales manzanilleros de su generación. Gracias a este merecido premio consiguió una plaza como editor en la revista *Temas*, en la añorada capital, en un reducido cuarto de El Vedado, donde vivió sus últimos años en Cuba. Allí lo visité un par de veces hasta que se marchó a México, donde falleció el pasado mes de mayo, al lado de un reducido grupo de amigos que lo ayudaron en sus últimos días.

La noche que le otorgaron el premio lloró como un niño. Celebramos hasta bien entrada la noche todos sus viejos amigos, entre botellas de Paticruzao y música de Vicentico Valdés. Aquello fue inolvidable. Nunca antes vi al “fauno” tan feliz.

Conviví y participé junto a él en muchos eventos literarios. Gracias a su infinita bondad pude leer y conocer a los poetas clásicos Rilke, Eliot, al surrealista Paul Eluard y algún texto de Lezama Lima. Recuerdo que me aconsejaba no leer mucho a Lezama todavía, “porque estás muy joven y no te ha llegado el momento intelectual que te permita entender e identificarte con el estilo lezamiano”. Estas razones las he comprendido con el paso del tiempo.

Juntos creamos el grupo literario “Sigmund Freud”. Éramos un grupo de poetas independientes integrado por Felipe Gaspar Calafell

—recluido en el hospital psiquiátrico—, Andrés Eduardo Conde Vázquez, Félix Rosales Antúnez, Rosa Más Calaña, Alfredo Pérez Muñoz, Jesús Almarales Estrada y el irreverente hermano Juan Carlos Mesa Falcón, quien dirigió el boletín *Viernes* junto al litografista Galeano. Precisamente en este boletín, y recomendado por Yoel, publiqué uno de mis primeros poemas, dedicado a Benny Moré, allá por el año 1987.

Lo recuerdo siempre meditativo, taciturno, con su mirada de felino tristemente feliz al acecho de su presa. Fue una gran época, sin lugar a dudas. Yo tenía sólo 18 años. Fue una suerte entrañable conocerlo, ser su amigo, conservar tantos recuerdos y vivencias juntos en medio de lo que ahora pienso fue el esplendor y el caos. ●



Foto: Francis Sánchez



